10033 254

SENDAS OPUESTAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS

POR

D. A. GARCIA GUTIÉRREZ.

MADRID.
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA,
Pez, 40, 2.º
1871.

12

SENDAS OPUESTAS.

Obras del mismo Autor que se hallan en la Administracion lírico-dramática.

La bondad sin la experiencia. (Comedia.)
Un duelo á muerte. (Drama.)
Venganza Catalana. (Drama.)
Eclipse parcial. (Comedia.)
Juan Lorenzo. (Drama.)
Las cañas se vuelven lanzas. (Comedia.)
Sendas opuestas. (Comedia.)

ZARZUELAS.

Cegar para ver.
El Grumete.
La vuelta del Corsario. (Segunda parte del Grumete.)
Galan de noche.
Llamada y tropa.
Azon Visconti.
Dos coronas.
La cacería real.
La tabernera de Lóndres.
Un dia de reinado.
El capitan negrero.

SENDAS OPUESTAS,

COMEDIA EN TRES ACTOS

POR

D. A. GARCIA GUTIERREZ.

Representada por primera vez en el Teatro Español el dia 22 de Marzo de 1871, á beneficio de la primera actriz Doña Salvadora Cayron.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1871

612426

PERSONAJES.	ACTORES.
BERTA.....	Sra. Cairon.
ISABEL.....	Dansant.
SALOMÉ, mulata.....	Martinez.
GABRIEL MÓRTON.....	Sr. Valero.
JORGE.....	Casañer.
TOMÁS ANDREW.....	Pastrana.
GUILLERMO.....	Romea (D. F.).
LORD SEYMUR.....	Oltra.
TOBY, lacayo.....	Martinez.

La accion, en los actos primero y tercero, pasa en un pueblo de Escocia: el acto segundo en Lóndres. Época, en nuestros dias.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerias Dramáticas y Líricas de los *Sres. Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Sala de la casa de Mórton: puerta al fondo, por la que se ve otra sala que en el momento de levantarse el telon estará iluminada como para una fiesta, y por la que pasearán algunos grupos de jóvenes. Puerta á la derecha que da paso á la habitaoion de Berta y otra en el opuesto lado que comunica con el resto de la casa. Sobre la puerta de la derechá un retrato de mujer. Á la izquierda una gran chimenea: á la derecha y al derredor de una mesa estarán jugando al whist [1] Mórton, Tomás, Isabel y Guillermo; á la izquierda Berta y Jorge, sentados á un velador, sobre el que hay un ramo de flores. Jorge dibuja en un album; Berta le mira.

ESCENA PRIMERA.

MÓRTON, BERTA, ISABEL, JORGE, GUILLERMO y TOMÁS ANDREW.

ISABEL. Contad vos. (Á Guillermo.)
TOMAS. (Observando á Jorge y á Berta.)
(No tiene traza

1 Juego de naipes muy semejante á nuestra malilla.

de dejarlo: él atrevido,
y ella loca...)

ISABEL. Hemos perdido
otra vez?

GUILL. Por una baza.

MORTON. Si estuvieras en el juego...

ISABEL. Ya vas á decir que soy
la culpada.

GUILL. Soy yo: estoy
distraido, no lo niego.
Y entiendo bien poco ó nada
del whist.

MORTON. Es modestia pura.

(Vuelven á dar cartas y siguen jugando.)

JORGE. Si me amarais...

BERTA. Qué locura!

JORGE. Sois cruel.

BERTA. No, soy honrada.

JORGE. Decid más bien que otro amor
es causa de esos enojos.
Nos está echando unos ojos
aquel bendito señor!...

BERTA. Es mi futuro y os ruego...

JORGE. Soy generoso rival;
pero...

BERTA. Que os mira!

JORGE. No tal,
está absorbido en el juego.

BERTA. Pues bien, ya que dais en esa
manía, respondo, pues...

JORGE. Que no me quereis?

BERTA. Y que es
imposible vuestra empresa.
En honrado pecho labra
más que otra cosa el deber.

JORGE. Qué deber?

BERTA. No soy mujer
de faltar á mi palabra.
Y no hablemos de ese amor,
que nada podrá conmigo.

JORGE. (Veremos.)

BERTA. Ya, ni aun amigo

podré llamaros, señor.

JORGE. Ni yo lo quiero: embriagado
con esta pasion violenta,
ningun hombre se contenta
con ménos de ser amado.

BERTA. Basta ya.

JORGE. Nólo creeria...

BERTA. Ya fuí con vos harto amable.

JORGE. No, sino ingrata; implacable.

BERTA. Todo eso?

JORGE. Y más todavía.
Díganlo mis pobres flores
desairadas.

BERTA. No; las tomo:
más ya os lo he dicho, no como
expresion de esos amores.
(Se levanta y coloca el ramo en un florero de la chimenea.)

TOMAS. (Demonio... diantre!) (Observando á Berta.)

MORTON. Y el as?

TOMAS. El as?

MORTON. Pero qué te ha dado?
Tú juegas.

TOMAS. (Las ha aceptado!
Diablo! dian...)

ISABEL. (Pobre Tomás!)
(Se oye á lo lejos tocar un piano.)

MORTON. Silencio! quién está al piano?

ISABEL. Mi Luisita: pues es cosa
de confundir...

MORTON. Vanidosa!

ISABEL. Qué entiendes tú de eso, hermano?

GUILL. Señora, teneis razon.

ISABEL. Que si tengo? (Con orgullo.)

GUILL. Es un portento!

ISABEL. No es verdad? (Lisongeada.)

GUILL. Qué sentimiento!
(Con exagerado entusiasmo.)
qué gusto, y qué afinacion!
(Dejando caer las cartas sobre la mesa.)
Que los naipes no nos roben
este placer. (Me libré.)

ISABEL. Sí, sí!
MORTON. Como querais. (Se levantan los cuatro.)
ISABEL. (Qué
simpático es este jóven!)
MORTON. Berta, esa caja. Esperad.
(Á Isabel, Guillermo y Tomás, que se dirigen hacia la puerta del fondo. Berta se habrá acercado á la chimenea, tomando de encima de ella una cajita en forma de cepillo, que trae á su padre.)
La limosna venga en pos
de nuestros placeres: Dios
bendice la caridad.
Para los pobres...
GUILL. Es justo.
(Echando dinero en la caja: lo mismo hacen los demas.)
JORGE. Te has divertido? (Ap. á Guillermo.)
GUILL. (Á fe mia
que no vuelvo... Todavía
no se me ha pasado el susto.)
Tá, lá, rá, lá, rá!
(Vase por el fondo, acompañando la pieza que tocan al piano.)
TOMAS. Me apesta
este demonio.) Lanzarse
ISABEL. Hermano,
vienes? (Váse por el foro del brazo de Tomás.)
MORTON. Voy.

ESCENA II.

BERTA, MÓRTON y JORGE.

MORTON. Y al cortesano,
qué le parece la fiesta?
Os divertís?
JORGE. Mucho! (Mucho!) (Con tono irónico.)
se pasan aquí las horas
alegres, encantadoras!
MORTON. Con qué placer os escucho!
BERTA. No le creais.
JORGE. Es la verdad.

BERTA. Y aun dirá que le divierte (Con malicia.)
mi conversacion.
JORGE. De suerte (Á Mórton.)
que es la misma gravedad.
BERTA. Esto es, uraña, intratable.
JORGE. No he dicho tanto.
BERTA. Lo infiero.
Tal vez este caballero
dirá que soy poco amable.
JORGE. Oh! no.
BERTA. Para cortesana
no valgo, y no es maravilla,
me he educado en la sencilla
sociedad de la Luisiana.
Y en fin, no me creo del aire:
eso ~~no~~, allá á las de la córte.
JORGE. Sois, á juzgar por el porte,
por el ingenio y donaire,
toda una dama.
BERTA. Qué idea!
JORGE. No de otro modo se llama...
MORTON. No señor: mi hija no es dama,
ni quiero yo que lo sea.
JORGE. Por qué?
BERTA. Bien dicho, señor.
MORTON. Soy un labrador honrado,
no muy mal acomodado;
pero al cabo, labrador.
JORGE. Noble ejercicio.
MORTON. Es verdad.
Y con gusto lo profeso.
JORGE. Y haceis bien.
MORTON. Como que en eso
tengo yo mi vanidad.
No me agrada que de loco
ni de altivo se me tilde;
pero no soy tan humilde,
señor, que me tenga en poco.
Una cosa es que no quiera
ser más que soy, eso no!
y otra que no tenga yo
mi orgullo como cualquiera.

Pero ahora recuerdo...

JORGE. Qué!

MORTON. Mi memoria es peregrina.
Voy á oir á mi sobrina.
(Con tono de resignacion.)
Tú, en tanto, prepara el té. (Á Berta.)
No venis? (Á Jorge.)

JORGE. Aunque me agrada
la música...

MORTON. (Con malicia.) Teneis miedo
de la nuestra.

JORGE. No; me quedo
á terminar esta aguada.

MORTON. Como querais. (Váse por el fondo.)

JORGE. (Deteniendo á Berta, que se dirige á la puerta de la izquierda.)
Se pasó.
el enojo?

BERTA. Yo enojada?

JORGE. Y qué me respondeis?

BERTA. (Con gravedad.) Nada.

JORGE. Nada!

BERTA. (Primero soy yo.) (Marchándose.)

JORGE. Berta. (Siguiéndola.)

BERTA. No paseis de aquí.
Tengo empeñada mi fe.
(Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA III.

JORGE, despues GUILLERMO.

JORGE. Esto es decir, que he perdido
la apuesta: cómo ha de ser!
(Vuelve á pintar en el album.)

GUILL. (Sale por el fondo.)
Mientras mi Luisa destroza
al pobre Guillermo Tell,
vengo á respirar contigo.
No oyes? un fa por un re!
Maldita! gracias á Dios
que concluye. Bien! muy bien.

(Dirigiéndose al fondo y dando palmadas: inmediatamente despues vuelve al proscenio.)
Esto es aburrirse! qué haces?

JORGE. Es un paisaje...

GUILL. Al pastel?

JORGE. Ignorante! es una aguada.

GUILL. Qué más da?

JORGE. Qué tal te fué?...

GUILL. He perdido tres peniques,
que es un escándalo: tres!
Y á esto le llaman jugar!
No me vuelve á suceder...

JORGE. Áun resta lo mejor: creo (Levantándose.)
que nos amenaza un té.

GUILL. Qué me dices?

JORGE. Sí, Guillermo.

GUILL. Un té rústico!

JORGE. Escocés.

GUILL. Este es el justo castigo
del cielo!

JORGE. Pero tan cruel!

GUILL. La pena de haber sacado
de su honrada estupidez
á esas palomas que estaban
hasta hace poco en Belen.

JORGE. No tengo tal presuncion.

GUILL. No?

JORGE. No he podido vencer
de ese corazon de roca
la inquebrantable esquivez.

GUILL. Y el tiempo apremia.

JORGE. No es sólo
eso.

GUILL. Que hay?

JORGE. Lo quieres creer?
casi estoy enamorado.

GUILL. Quita allá!

JORGE. Lo que oyes.

GUILL. Qué!
picado y no más: conozco
esa enfermedad tambien.

JORGE. Como que ha nacido allá

en tierra de esclavos...

GUILL. Pues!
te tratará...

JORGE. Como á un negro.

GUILL. Pues tuviera eso que ver!

JORGE. Es una fiera.

GUILL. En el mismo
corazon del pueblo inglés,
del pueblo abolicionista,
esclavos! y de qué piel!

JORGE. Lo cierto es que aquí me tienes
ya seguro de perder.
Y tú?

GUILL. Yo voy viento en popa.
Esta noche sacaré
á mi Luisa de su casa.

JORGE. Pero eso no puede ser:
has contado sin la huéspeda.

GUILL. Pues qué inconveniente ves?

JORGE. Que la fiesta, á lo que entiendo,
dura hasta el amanecer.

GUILL. Todo está previsto.

JORGE. Cómo?

GUILL. Como hace un calor tan cruel,
se desmayará la niña
precisamente á las diez:
ni un minuto más ni ménos.
Se asusta mamá Isabel;
la lleva á casa, la acuesta,
y al tiempo justo, esto es,
á las doce, hora precisa,
nos hallarás en el tren.

JORGE. Y dí, el que tiene un rival,
como yo, qué puede hacer?

GUILL. Te arrepientes?

JORGE. Eso, nunca:
no, la apuesta queda en pie.

GUILL. Un doble rapto... ya sabes
lo convenido.

JORGE. Sí: aquel
que no lleve su conquista...

GUILL. Paga la apuesta.

JORGE. Y amen.
GUILL. Y á las doce de esta noche...
JORGE. Es verdad.
GUILL. Se cumple el mes.
JORGE. Pero aun no estoy derrotado:
si me ayuda Salomé
como ha ofrecido...
GUILL. Aquí viene.
JORGE. La esperaba.

ESCENA IV.

DICHOS y SALOMÉ, por la puerta del fondo.

JORGE. Y bien?
SALOME. Y bien?
JORGE. Te has decidido?
SALOME. Sí.
JORGE. Y cuándo?
SALOME. Pocos momentos despues
que salgan todos.
JORGE. La llave
de la puerta falsa?...
SALOME. Esta es.
JORGE. Dámela.
SALOME. No: si venis
ántes que en la casa estén
recogidos... esperad
á la puerta y yo abriré.
Y basta ya, no sospechen
si aquí me llegan á ver.
JORGE. Mas no pierdas un momento.
SALOME. Descuidad; no faltaré. (Váse por la izquierda.)
GUILL. Ya vuelven.
JORGE. Mucho aventuro.
GUILL. Qué te puede suceder?
JORGE. Tengo...
GUILL. Qué?
JORGE. Remordimientos.
GUILL. Déjalos para despues.

ESCENA V.

DICHOS, BERTA, ISABEL y MÓRTON.

MORTON. Muy bien.
ISABEL. Pero deliciosa!
Qué hija mia!
MORTON. (Cuando empieza!...)
Dispensad; es la flaqueza
de una madre cariñosa.
ISABEL. Dígalo el señor. (Señalando á Guillermo.)
GUILL. Sí á fe!
ISABEL. No es verdad?
GUILL. Ha hecho primores.
MORTON. (Se está burlando.) Señores,
adentro, que espera el té.
No hay plata ni oro en mi casa,
pero hallareis limpio el cobre;
esto es, el obsequio es pobre,
mas la voluntad, sin tasa.
JORGE. Sois modesto.
GUILL. Y no hay razon...
Pocas noches he tenido (Con intencion.)
como esta.
MORTON. Gracias
GUILL. Ha sido
espléndida la funcion.
MORTON. Señor!
JORGE. Vamos.
GUILL. (Ap. á Jorge.) No hay pecados
que esta afliccion no redima.
(Vánse los dos por el fondo.)

ESCENA VI.

DICHOS, menos JORGE y GUILLERMO, luego TOMÁS.

MORTON. Tú, Berta, ayuda á tu prima
y obsequia á mis convidados.
Han venido á festejar
tu cumpleaños. Vé, hija mia,

compartan nuestra alegría,
que es lo que podemos dar.

BERTA. Voy, señor. (Se dirige á la puerta del fondo.)

MORTON. Rendido estoy. (Se sienta.)

(Tomás sale en este momento y detiene á Berta en el fondo.)

TOMAS. Berta?

BERTA. Tomás?

TOMAS. (Tente firme!)
Vengo... vengo á despedirme.

BERTA. Á despediros?

TOMAS. Me voy.

BERTA. Qué os sucede?

TOMAS. Que me abrasa
un... pues! en fin me resuelvo
á decirlo.

BERTA. Qué es?

TOMAS. No vuelvo
á frecuentar esta casa.

BERTA. Haced lo que más os cuadre.

TOMAS. Clarito: hemos acabado;
mas debo, como hombre honrado,
decírselo á vuestro padre.

BERTA. Hareis bien.

(Con desabrimiento: váse por la puerta del fondo.)

ESCENA VII.

DICHOS menos BERTA.

MORTON. Aquí Tomás?

(Tomás habrá bajado al proscenio.)

Cómo dejais?...

TOMAS. (Pobre viejo!)
Sí, señor Mórton: os dejo
para no volver jamás.

MORTON. Por qué?

TOMAS. Tiempo es de que os abra
mi pecho, aunque esto os aflija:
no me caso con vuestra hija;
devolvedme mi palabra.

MORTON. Libre sois. (Con gravedad.)

TOMAS. Es mi deber

deciros...

MORTON. Demos ya punto.

TOMAS. Lo que ha pasado.

MORTON. Á qué asunto?
nada más quiero saber.

TOMAS. Señor, tengo la evidencia
de que...

MORTON. Para qué os cansais?
Os doy gracias; me quitais
un peso de la conciencia.

TOMAS. Siendo así, tengo un placer
infinito...

MORTON. Sí, por Dios!

TOMAS. Por qué razon?

MORTON. Porque vos
no mereceis tal mujer.
Y hasta á asegurar me atrevo
que de mi ruego obligada
aceptaba esta union. Nada
me debeis, y nada os debo.
Otra será más dichosa: (Con tono irónico.)
buscadla.

TOMAS. (Picado.) No tengo prisa.
Adios! (Si me amára Luisa!
esta si que es otra cosa.)

ESCENA VIII.

MÓRTON, ISABEL.

MORTON. El momento es oportuno!

ISABEL. No he extrañado yo este paso.

MORTON. Por qué? pues sabes acaso
que tenga motivo alguno?

ISABEL. No lo sé, pero lo infiero.
Aunque el pobre no es muy listo,
toda la noche la ha visto
hablar con el forastero.
De esto serán los enojos:
tiene celos.

MORTON. Celos?

ISABEL. Sí:
yo he estado observando, y ví

que les echaba unos ojos!
MORTON. Pero Berta no le anima.
ISABEL. Y aun le pone buena cara.
MORTON. Calla, hermana!
ISABEL. Si observára
la conducta de su prima!. .
MORTON. Vaya!
ISABEL. No?
MORTON. Tienes razon.
ISABEL. Eso no lo negarás.
MORTON. Cómo es posible? la das
tan severa educacion!
ISABEL. Severa no, mas por eso
no es menos tierna y sumisa...
MORTON. Una gazmoña!
ISABEL. Mi Luisa?
MORTON. Y tú débil.
ISABEL. Lo confieso.
No sé causarla una pena.
MORTON. Ni reñirla.
ISABEL. No la riño,
porque está de su cariño
toda mi existencia llena.
Déjame que la dirija
á mi modo...
MORTON. . Estrafalario.
ISABEL. Como quieras: tú, al contrario,
tratas con rigor á tu hija.
MORTON. Rigor no, severidad.
ISABEL. Cuestion de nombre: lo cierto
es, que jamás has abierto
el camino á su amistad.
MORTON. Á su amistad? (Escandalizado.)
ISABEL. Sí.
MORTON. Por Dios!
no abuses de tu ignorancia!
Yo sé guardar la distancia
que ha de haber entre los dos.
ISABEL. Bien! bien!
MORTON. Deja que yo la hable,
verás!
ISABEL. Tampoco es asunto

que merezca...

MORTON. En este punto
seré siempre inexorable.
Y si es que ha dado lugar
con su conducta liviana
á esto...

ISABEL. Pero hermano...

MORTON. Hermana!
ya me sé yo gobernar.

ISABEL. Me callaré.

MORTON. Eso te pido.
Es mi hija.

ISABEL. Que esto concluya.

MORTON. Cada cual lleve á la suya
por la senda que ha elegido.
Esto es lo justo.

ISABEL. Es verdad:
veremos lo que es mejor,
si el exceso del rigor...

MORTON. Ó el de la debilidad.

ISABEL. Que vienen...

ESCENA IX.

DICHOS, JORGE y GUILLERMO por el fondo.

GUILL. Y sin bambolla, Jorge
(Desde la puerta aparte á Jorge.)

JORGE. La verdad es esa:
no hace más una duquesa.

GUILL. Es una alhaja tu criolla.

JORGE. Señor Mórton.

MORTON. Cómo os fué
por allá?

JORGE. Vengo encantado.

GUILL. Lo mismo digo: y cuidado
que soy perito! buen té!
qué aroma!

MORTON. Tengo á ventura...

GUILL. Ni en mi *club:* dí si he mentido. (Á Jorge.)

JORGE. Y sobre todo, servido
con tal gracia!

GUILL. Y tal finura!
JORGE. Teneis en Berta un tesoro.
GUILL. Un prodigio!
ISABEL. (Impertinentes!)
MORTON. Gracias. (Con sequedad.)
ISABEL. (Para ciertas gentes,
todo lo que brilla es oro.)
GUILL. No hay en Lóndres una dama...
MORTON. Basta!
ISABEL. (Y nada de su prima!)
MORTON. Lo que mi hija en más estima,
es su opinion, es su fama.
JORGE. Os disgusta...
MORTON. No, señores;
(Procurando moderarse.)
pero en fin...
ISABEL. (Ap. á Mórton.) Qué gruñon eres!
MORTON. Guardad para otras mujeres
esas cortesanas flores.
JORGE. Sinceros somos los dos.
MORTON. Perdonadme la rudeza.
Aquí lo que hay es franqueza;
finura que la dé Dios.
ISABEL. Calla! (Ap. á Morton.)
MORTON. Extravagancias mias!
y mirad si soy sincero:
yo esta franqueza prefiero
á vuestras cortesanías.
JORGE. (Parece que está enojado (Ap. los dos.)
el viejo.
GUILL. Esa va derecha
para tí.
JORGE. Si algo sospecha...)
ISABEL. (Qué poco amable has estado! (Ap. á Mórton.)
JORGE. Más vale así: yo tenia
no sé qué remordimiento...

ESCENA X.

DICHOS y BERTA, que viene por el fondo precipitadamente.

BERTA. Acudid!
MORTON. Qué hay?
BERTA. Al momento!
mi pobre prima...
ISABEL. Hija mia!
Está mala?
BERTA. Desmayada.
ISABEL. Mi Luisa! (Corriendo hácia la puerta del fondo.)
GUILL. (Las diez cabales.)
(Ap. á Jorge y mirando el reloj.)
ISABEL. Corriendo, éter, agua, sales!
(Desde la puerta. Váse.)
MORTON. Permitid...
GUILL. No será nada.
Sin duda alguna el calor...
MORTON. Sin embargo... (Váse por el fondo.)

ESCENA XI.

BERTA, JORGE y GUILLERMO.

BERTA. (Ap. á Jorge.) (Caballero,
oidme.
JORGE. Qué quereis?
BERTA. Quiero
que me otorgueis un favor.
JORGE. Que os olvide?
BERTA. Sí.
JORGE. Es en vano.
BERTA. Os lo suplico.
JORGE. Estoy loco!
BERTA. Pues bien: Tomás hace poco
ha renunciado mi mano.
Libre soy.
JORGE. Conque Tomás
renuncia... ó es necio ó ciego.
BERTA. Hablad á mi padre y luégo,

ó no volvais aquí más. (Váse.)

ESCENA XII.

JORGE y GUILLERMO.

JORGE. Malo! pide boda.
GUILL. Horror!
boda! y no se oyen los truenos!
JORGE. No se contenta con ménos...
GUILL. Que con el hilo de un lord.
JORGE. La verdad es que aun ignora
mi posicion, mi nobleza.
GUILL. Aun la ocultas... qué torpeza!
Pues ha llegado ya la hora:
díselo.
JORGE. Y quién me responde
de que no se enoje?
GUILL. Yo.
Tambien Luisa resistió
hasta saber que soy conde.
JORGE. No me atrevo á imaginar
que quepa en su corazon
la vanidad, la ambicion.
GUILL. Qué pierdes?...
JORGE. Lo he de intentar.
GUILL. Y triunfarás.

ESCENA XIII.

DICHOS, MÓRTON y KERTA.

MORTON. Ah, señores!
JORGE. Cómo está vuestra sobrina?
MORTON. No es mal grave.
GUILL. (Más que piensas.)
MORTON. La agitacion, la fatiga...
GUILL. Lo que os dije.
MORTON. Sin embargo,
para turbar la alegría
de la fiesta fué bastante.
GUILL. Y está aún aquí? Pobre Luisa!

BERTA. No ha consentido en quedarse.
GUILL. (Vale un mundo esa chiquilla.)
MORTON. Los convidados nos dejan
tambien.
JORGE. La causa es legítima.
GUILL. Dice que estorbamos. (Ap. á Jorge.) Dadn os
vuestra vénia.
JORGE. Señorita!...
señor Mórton!... (Saludando á ámbos.)
MORTON. Descansad.
GUILL. Adios. (Voy por la berlina.)
(Vánse los dos por el fondo.)

ESCENA XIV.

MÓRTON y BERTA.

Durante esta escena, Salomé y algun otro criado apagan las luces, quedando sola la que se llevará Berta en la escena siguiente.

BERTA. Vuestra mano?
MORTON. Espera un poco.
(La explicacion es precisa.)
BERTA. Qué teneis?
MORTON. Tengo que hablarte.
Es una mala noticia...
BERTA. Mala? (Asustada.)
MORTON. Me ha hablado Tomás.
BERTA. Ah, ya! (Eso me tranquiliza.)
Y qué nos querrá? (Con indiferencia.)
MORTON. Renuncia
á entrar en nuestra familia.
BERTA. Me lo ha dicho: con Dios vaya.
MORTON. Otra cosa: hay quien afirma
que le has dado tú ocasion.
BERTA. Yo? quien quiera que lo diga
miente.
MORTON. Lo dice mi hermana. (Exaltándose.)
BERTA. Perdonad! mi buena tia!
siendo así, poned, error,
en donde he dicho, mentira.

MORTON. Berta! (Con gravedad.)
BERTA. Padre! (Con respetuosa firmeza.)
MORTON. No se funda
en el aire la malicia,
ni es tan ligero Tomás
que por nada se desdiga.
Escudriña tu memoria,
ó tu conciencia examina.
No tienes de qué acusarte?
BERTA. Esa sospecha es indigna
de mí y de vos.
MORTON. Eh! qué es eso?
BERTA. Mi conciencia está tranquila.
MORTON. No te acuso: te pregunto.
BERTA. No otra cosa presumia.
MORTON. Ese galan forastero
que hace un mes que nos visita...
BERTA. Mister Jorge?
MORTON. El mismo: te hace
una córte tan asídua,
que no es extraño si da
ocasion á estas hablillas.
Qué te dice?
BERTA. Lo que todos
los hombres, galanterías.
Está ocioso y se entretiene.
MORTON. Y tú?...
BERTA. Yo, lo tomo á risa.
MORTON. Pero le escuchas.
BERTA. No fuera
de otro modo grosería?
MORTON. No: la mujer que es honrada,
la que su opinion estima
y ha dado á un hombre su fe,
no es ya dueña de sí misma.
BERTA. Ni de oir?
MORTON. Ni de mirar.
BERTA. Perdonadme: no sabia
que hasta ese punto era esclava;
y ya que un necio me libra
de mis cadenas, que Dios
se lo premie y le bendiga.

MORTON. Berta! no sé lo que temo
de tu condicion altiva.
BERTA. Tranquilizaos.
MORTON. No es posible,
mientras que tú...
BERTA. (Con dignidad.) Soy vuestra hija,
la de vuestra casta esposa,
y del uno y otro digna.
MORTON. Pues ántes de morir quiero
verte casada, hija mia.
BERTA. Aún no es tarde.
MORTON. Soy ya viejo
y los años me dan prisa.
Y... oye un consejo: refrena
tu exaltada fantasía.
BERTA. Qué quereis darme á entender
con eso?
MORTON. Tal vez aspiras
á más alto enlace.
BERTA. Yo?
MORTON. Tú.
BERTA. No soy tan presumida:
quiero decir, no lo busco;
mas si el cielo me lo envia...
MORTON. Con quien fuera más que tú?
BERTA. No soy noble ni soy rica;
pero nadie es más que yo.
MORTON. Esa será tu desdicha:
el orgullo!
BERTA. No es orgullo
la dignidad.
MORTON. Dios me asista!
Vé á recogerte: no quiero
oir mas bachillerías.
(Yo pondré remedio á todo.)

ESCENA XV.

BERTA sola.

Pero, señor! hay justicia
para esto? Hablaré á ese hombre:

ya le he dicho que me pida
á mí padre, ó que no vuelva.
Pero le amo? qué! vacilas,
corazon? no! estoy segura
de que no me pesaria.
Quiéralo Dios!
(Coge la luz y váse por la derecha.)
(El teatro queda á oscuras: un momento despues de haber entrado Berta en su aposento, sale por la izquierda Salomé andando de puntillas.)

ESCENA XVI.

SALOMÉ, despues BERTA.

SALOME. Nada se oye:
ya debe de estar dormida
Berta y el galan me espera.
(Al dirigirse á la puerta del fondo tropieza con un mueble.)
BERTA. (Dentro.) Quién es?
SALOME. Torpe! (Váse.)
BERTA. (Sale con luz.) Juraria
que andaban aquí. No hay nadie.
Si aun no estará recogida
la familia? Salomé! (Á media voz.)
Salomé! qué cobardía!
(Esforzándose para sonreir.)
no me atrevo á dar un paso;
el corazon me palpita,
y tal vez... No! estoy segura:
es álguien que se aproxima.

ESCENA XVII.

BERTA y JORGE, por la puerta del fondo.

BERTA. Un hombre en mi casa!
JORGE. Berta!
callad.
BERTA. Vos!... pero es creible?
JORGE. Sí: yo soy.

BERTA. No, no! imposible!
no debo de estar despierta.
JORGE. Perdonad mi atrevimiento
ó disculpad mi locura,
que excusan vuestra hermosura
y el amor que por vos siento.
BERTA. Mentís.
JORGE. Dígalo el ardor
con que alcanzaros codicio.
BERTA. Con qué razon toma el vicio
la apariencia del amor?
Mas sea lo que fuere, qué
me importa?
JORGE. Estais enojada?
BERTA. Quién os ha dado aquí entrada?
callais? oh! yo lo veré.
(Se dirige al fondo. Jorge quiere detenerla.)
JORGE. Esperad.
BERTA. Quedaos ahí,
ó juro que en mi despecho...
JORGE. Buscais en vano.
BERTA. Sospecho
que no está lejos de aquí.
JORGE. Fuí yo solo: no hay barreras
que atajen...
BERTA. (Mirando adentro.) No me engañaba.
(Desaparece por un momento y se oye el ruido de dar un bofeton.) Villana!
SALOME. No soy ya esclava.
(Sale por el fondo seguida de Berta.)
BERTA. Pues ay de tí si aún lo fueras!
El látigo que mil veces
de tu espalda he separado,
te hubiera á estas horas dado
el castigo que mereces.
SALOME. Á mí? (Juro por mi nombre!...)
BERTA. Solo el mirarte me enoja.
SALOME. Señora!
BERTA. Calla y arroja
de mi presencia á ese hombre.
Qué esperais? (Á Jorge.)
JORGE. Oidme primero.

BERTA. No.
JORGE. Yo os lo suplico.
BERTA. Y qué
me direis?
SALOME. (Me vengaré!) (Váse por la izquierda.)
JORGE. Berta, que soy caballero.
BERTA. Vos caballero?
JORGE. Y me ufano...
BERTA. Dígalo esta accion aleve.
De mi padre es de quien debe
solicitarse mi mano.
JORGE. No puedo, y si me exigis
la razon...
BERTA. (Con altivez.) Yo nada exijo.
Salid de aquí.
JORGE. Soy el hijo
de lord Seymur.
BERTA. Qué decis?
Infame! la ira me abrasa!
JORGE. Vuestro encanto me cegó,
es cierto.
BERTA. Si esposa no,
qué buscais en esta casa?
Manceba?
JORGE. Os haceis agravios...
BERTA. Manceba yo! Dios clemente!
la palabra solamente
me está quemando los labios.
JORGE. Perdon.
BERTA. Ay, mi honrada madre!
JORGE. No me quereis escuchar?
BERTA. Por no darle este pesar
no he despertado á mi padre.
JORGE. Porque la verdad no oculto...
BERTA. Idos! idos! yo os lo mando.
JORGE. Aún no.
BERTA. Me estais agraviando:
me estais haciendo un insulto.
Y no poder á la cara
volvérselo... volveroslo
JORGE. Sois severa.
BERTA. Lástima que aquí no hubiera

un hombre que os la cruzára!

JORGE. Señora, yerros de amor
no merecen tal castigo,
y estais segura conmigo.

BERTA. Ya lo sé. (Con arrogancia.)

JORGE. Os guarda mi honor.
Mi atrevimiento condeno;
mas...

BERTA. Pobre sin duda estais
de ese honor cuando así andais
tras de robar el ageno.
Pero no ois?

JORGE. Qué? no es nada.

BERTA. Sí: pasos

JORGE. Me ocultaré.

BERTA. Sí mi padre... Salomé!
donde está esa desgraciada?

JORGE. Por ese jardin la huida
es fácil.
(Se dirige á la habitacion de Berta: esta le detiene.)

BERTA. Por mi aposento?

JORGE. Preciso.

BERTA. No lo consiento
aunque me cueste la vida.

ESCENA XVIII.

DICHOS y MÓRTON por la izquierda; poco despues SALOMÉ.

MORTON. Que es esto?

BERTA. Que ese villano...

MORTON. Silencio! y vos, caballero,
salid de mi casa.

JORGE. Pero...

MORTON. Cuanto digais será en vano.

JORGE. No me iré sin que os convenza
de que el culpado...

MORTON. Sois vos?
es lo corriente. (Con ironía.)

BERTA. Gran Dios!

MORTON. Se dará más desvergüenza?
Abre esa puerta, y que salga.
(Á Salomé, que un momento ántes ha venido

fondo izquierda, y contempla con satisfaccion el cuadro, sin bajar al proscenio. Al oir la órden de Mórton, se dirige al lado opuesto de su salida, y desaparece un instante.)

JORGE. Señor! (Estoy confundido.)
SALOME. Franci está. (Desde la puerta.)
MORTON. Ya habeis oido.
BERTA. Obedeced.
JORGE. (Dios la valga.)

(Al salir Jorge por la puerta del fondo seguido de Salomé, se encuentra con Isabel, que viene muy sofocada y le echa una mirada de indignacion.)

ESCENA XIX.

MÓRTON, BERTA, ISABEL.

ISABEL. Llego á tiempo.
MORTON. Aquí Isabel?
ISABEL. Vaya en mala hora el truhan,
el seductor, el...
MORTON. Hermana!
no des voces.
ISABEL. Es verdad;
pero el enojo y... en fin.
no se pueden remediar
ciertas cosas.
MORTON. Pues yo quiero
que calles, y callarás.
ISABEL. Pero se salvó mi Berta!
bien! esto es lo principal.
MORTON. Quién te ha dicho?...
ISABEL. Quién? mi Luisa:
ambas iban á volar.
BERTA. Yo! cuándo?...
ISABEL. Todo se sabe;
pero no! tú no lo harás.
MORTON. Eso, yo te lo aseguro.
BERTA. Oh! pero vos no dudais
de vuestra hija!
MORTON. Dices bien.
Ay! quién pudiera dudar!
BERTA. Señor! señor!

MORTON. Ya no soy
el que hasta ahora ha sido; ya
no volveré á alzar el rostro
con honrada vanidad.
Tendré de todos vergüenza;
tendré miedo...

BERTA. Me agraviais.

ISABEL. Sé indulgente.

MORTON. Hermana mia!
sin el cariño leal
de Salomé...

BERTA. Qué habeis dicho?
Y si os juro...

MORTON. Mentirás.

BERTA. Pues si no habeis de creerme;
si rechazais la verdad
ántes de que yo os la diga,
callemos.

MORTON. Mejor será.

ISABEL. (Tu padre tiene razon:
(En voz baja á Berta.)
vamos! no seas pertinaz.
Confiesa tu falta, y dime
qué puedo hacer yo?

BERTA. Callar,
que si el rigor me lastima,
me exaspera la piedad.

ISABEL. (El mismo genio!) (Mirando á Mórton.)

BERTA. Algun dia
mi padre confesará
su error.

MORTON. No, que desde ahora
lo confieso; te es igual?
Confieso que me ha engañado
tu hipócrita falsedad;
que te proclamaba honrada
y que has mentido.

BERTA. No más!

ISABEL. Qué es eso?

MORTON. Pero en un punto,
sobre aquella ceguedad
ha pasado la vergüenza

de tu conducta procaz.

BERTA. Permitidme... (Dirigiéndose á su cuarto.)

MORTON. Oye primero.
(Cogiéndola con violencia el brazo.)
Vas mañana á abandonar
esta casa.

BERTA. Yo mi casa?

MORTON. Para no volver jamás.

BERTA. Y dónde?... (Conteniéndose.)

MORTON. Donde no puedas
á los tuyos deshonrar;
donde no insultes mis canas.
(Despidiéndola de sí con fuerza.)

BERTA. (Dios tenga de mí piedad!)
(Váse por la derecha cerrando la puerta.)

ESCENA XX.

MORTON, ISABEL.

ISABEL. Qué rigoroso has estado.

MORTON. He hecho bien.

ISABEL. Á tal exceso
lo llevas...

MORTON. Dejemos eso.
Cuéntame lo que ha pasado.

ISABEL. Al salir de aquí, mi Luisa,
tal vez por templar mi pena,
dijo: «me siento ya buena.»
Y esforzaba una sonrisa.
«Mas para lo que madruga
ya es tarde» añadió: llegaba
sin duda la hora en que estaba
convenida ya la fuga.
Y en casa me despidió
con un beso apasionado.
Miré! no sé qué cuidado
en el alma me quedó.
Retiréme, y ya aquel miedo
miraba como quimera,
cuando á poco en la escalera
sentí andar quedo, muy quedo.

MORTON. Y era ella!
ISABEL. En el mismo instante
me lancé... Pobre! inexperta
paloma! estaba á la puerta.
temblorosa, palpitante;
y pálidas las mejillas,
de terror desencajada
la niña desventurada,
cayó á mis piés de rodillas.
MORTON. Qué hiciste?
ISABEL. Qué habia de hacer?
La dije: «Vas á dejar
á tu madre? á atropellar
mi respeto y tu deber?
Si ese temor no te asalta
duélate mi vejez fria.
Qué va á ser de mí, hija mia,
si tu cariño me falta?
Hazme el corazon pedazos
y ménos daño me harás.»
MORTON. Bien! Y qué más? (Con impaciencia.)
ISABEL. Y qué más?
que se arrojó entre mis brazos,
y con lágrimas...
MORTON. Acaba. (Lo mismo.)
(Antes que mi enojo estalle.)
ISABEL. Pues bien, se asomó á la calle
donde el bribon la esperaba,
y le dijo: «caballero!
esto se acabó, id con Dios:
puesta entre mi madre y vos,
es mi madre lo primero.»
Qué tal? (Con orgullo.)
MORTON. Y el galan marchó?
ISABEL. Le ví partir, y qué airado!
MORTON. Y dime, te habrás quedado
satisfecha.
ISABEL. Y por qué no?
MORTON. Con qué lástima te escucho!
ISABEL. Y yo á tí.
MORTON. Pobre mujer...
ISABEL. Y mira; cómo ha de ser?

necia

hermano, la quiero mucho.

MORTON. Tambien en mi corazon
hay cariño, y aun con eso
he hecho sentir todo el peso
de mi justa indignacion...

ISABEL. Qué quieres? Yo tengo de ese
deber muy contraria idea:
deja á la madre que sea
lo que Dios quiso que fuese.

MORTON. Calla! eso es ya fanatismo,
locura.

ISABEL. Lo que tú quieras;
pero siento, y muy de veras,
que no hayas hecho lo mismo.
Tal vez la que al aguijon
de amor culpable no cede,
dejarse arrebatar puede
por la desesperacion.
Háblala ménos airado:
mira que he visto en sus ojos
más que dolor: más que enojos.

MORTON. (Me está poniendo en cuidado.)
Reconozco, y con pesar,
mi error: fué aquel un momento
de perturbacion: lo siento;
mas ya no debo cejar.
Háblala tú.

ISABEL. Á tí te toca.

MORTON. Mi dignidad...

ISABEL. Ay, señor!

MORTON. Ahí quedas: eso mejor
(Dirigiéndose á la izquierda.)
que en la mia está en tu boca.

ISABEL. Bien: probaré. Berta! Berta!
(Acercándose á la habitacion de Berta.)
No responde... (Y esto es grave.)

MORTON. (Desde la puerta de la izquierda.)
Ves si es rebelde?

ISABEL. Quién sabe?...
Está cerrada la puerta!
(Despues de levantar el picaporte.)

MORTON. Qué has dicho? la haré pedazos.

(Volviendo muy airado.)

ISABEL. Es que á tu rigor se esconde?

MORTON. Berta! abre aquí!... ven! responde!

(Primero con aspereza: las palabras *ven, responde,* casi en tono suplicante. Sacude la puerta con violencia.)

No hay ya fuerzas en mis brazos?

Por fin! (Violenta la puerta y entra.)

ISABEL. Qué es eso? (Viéndole salir desencajado.)

MORTON. Vacia

la estancia! el balcon abierto!...

Yo he perdido á mi hija!

(Con un grito de desesperacion.)

ISABEL. Cierto.

(Y yo he salvado á la mia.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete elegantemente adornado: puerta al fondo y á la izquierda: balcon á la derecha. Muebles de lujo: á la izquierda un sofá pequeño de los llamados *duquesitas*: velador con album: chimenea á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

SALOMÉ que sale por la izquierda vestida con algun esmero, TOBY por el fondo con un estuche de adorno.

SALOME. Qué traes, Toby?
TOBY. Por las trazas
debe ser un aderezo.
(Colocándole sobre la chimenea.)
SALOME. Y de quién?
TOBY. De mi señor.
SALOME. Aún duran los galanteos?
TOBY. Así parece.
SALOME. Sir Jorge,
vuelve pronto?
TOBY. No; ya ha vuelto.
SALOME. Y cuándo?
TOBY. Esta madrugada.
SALOME. Siempre amante?
TOBY. Ya lo creo!
SALOME. Qué inverosímil constancia!

TOBY. Muy rara para estos tiempos.
SALOME. Así tiene tanto orgullo...
TOBY. Verdad. Y ahora que recuerdo...
Esta mañana á la puerta
llegaron dos caballeros...
(Con expresion burlesca.)
digámoslo así: dos hombres.
SALOME. Qué trazas?
TOBY. De medio pelo.
SALOME. Y qué tengo yo que ver?
TOBY. Muestran los dos mucho empeño
por ver á la señorita.
SALOME. Señora. Y no te dijeron
(Acentuando irónicamente la palabra *señora*.)
sus nombres?
TOBY. Vaya! uno y otro;
mas de ninguno me acuerdo.
Un lacayo que se estima,
jamás comete el exceso
de tener buena memoria:
eso toca á los porteros.
SALOME. Qué señas?
TOBY. Son escoceses.
SALOME. Es viejo el uno?
TOBY. En efecto.
SALOME. El señor Mórton?
TOBY. Ajá!
el mismo; y el otro, creo...
SALOME. (El padre aquí?)
TOBY. El otro... el otro...
SALOME. Quién es?
TOBY. Un señor muy tieso;
cara de pocos amigos,
suficientemente feo...
SALOME. Tomás Andrew?
TOBY. Creo que sí,
SALOME. (De mi admiracion no vuelvo.
Á qué vendrán esos hombres?)
TOBY. Volverán hoy mismo. Debo
advertir á la señora?
(Marcando la palabra señora.)
SALOME. Al contrario. (Qué misterio!...)

Me avisarás cuando vuelvan
á mí sola.
(Viendo salir á Guillermo.)
Ah! sir Guillermo!

ESCENA II.

DICHOS y GUILLERMO por el fondo.

SALOME. No lo olvideis; á las cuatro (Á Toby.)
el carruaje.
TOBY. Bien.
(Saluda respetuosamente á Guillermo y váse por el fondo.)
GUILL. Qué es eso,
has atrapado ya á Toby?
SALOME. No, señor.
GUILL. Vamos!
SALOME. No tengo
esa dicha, y á deciros
la verdad, ni ese deseo.
GUILL. Haces bien; por aquí estamos
hastiados ya de cabellos
de oro y de cutis de nieve,
como dicen los copleros.
Exhibe en Lóndres tu cara
tres dias, y te prometo...
SALOME. Nada codicio.
GUILL. Es posible?
SALOME. Nada.
GUILL. No acierto á creerlo.
Para haberte decidido
á abandonar aquel pueblo
tranquilo...
SALOME. Vos no os podeis
figurar cómo está aquello.
GUILL. Cambiado!
SALOME. Desconocido.
GUILL. Hola!
SALOME. Y sobre todo el viejo,
y en especial desde el dia
en que se hizo el casamiento...

GUILL. Quién se ha casado?
SALOME. Luisita.
GUILL. Mi Luisa? y me dices eso,
así... pues! de sopeton!
SALOME. Así.
GUILL. Qué daño me has hecho!
(Con tono trágico.)
SALOME. Y deben tener muy pronto
sucesion.
GUILL. Tambien lo creo.
Mas quién es el infeliz?
SALOME. Tomás Andrew.
GUILL. Aquel zopenco?
SALOME. No escapó Luisa de mala.
GUILL. Si hubieras tú andado en ello...
Pero en fin, más vale así.
SALOME. El amo!
(Viendo venir á Jorge por la puerta del fondo se dirige á él con aire de confianza.)
JORGE. Salomé!... déjanos. (Con sequedad.)
SALOME. (Paciencia!) (Váse por la izquierda.)

ESCENA III.

JORGE y GUILLERMO.

GUILL. Qué tal te ha ido
en el campo?
JORGE. Quieres creerlo?
he estado... no te me burles,
sin vida todo este tiempo.
Estaba desesperado.
GUILL. Es posible, Jorge?
JORGE. Siento
que es más grande cada dia
este amor; que tengo celos.
GUILL. No presumí que pudieras
abandonarte á ese extremo.
Los hombres de nuestra clase...
JORGE. Déjate de sermoneos.
Qué has averiguado?
GUILL. Nada.

JORGE Pero hay algo.
GUILL. Lo sospecho.
JORGE. Y sale?
GUILL. Todos los dias,
y siempre con su cochero
favorito.
JORGE. No has podido
hacerle hablar?
GUILL. Como á un muerto.
Está sobornado.
JORGE. Qué
significa ese misterio?
GUILL. Pregúntala...
JORGE. Dios me libre!
ni eso es decente, ni quiero
de ningun modo que entienda
que me inspira estos recelos.
Y sin embargo, es preciso
que este arcano descifremos.
Mi padre ya ha sospechado
mi amor por ella.
GUILL. Lo creo.
JORGE. Y quiere que le presentes.
GUILL. Yo?
JORGE. Tú.
GUILL. Hombre! hombre!
JORGE. Y para esto
te espera en su *club*. Que temes?
GUILL. En fin, lo presentaremos.

ESCENA IV.

DICHOS y BERTA por el fondo en traje de calle y sombrero con velo.

BERTA. Aquí Jorge? y vos, mi amigo!
(Conteniéndose al ver á Guillermo y alargándole la mano.)
JORGE. Berta!
BERTA. Cuánto tiempo ausente!
JORGE. Verdad? estaba impaciente,
y eso que os llevé conmigo.

Dijérase que hoy empiezo
á amaros. (Estrechando cariñosamente su mano.)

BERTA. (Ap. á Jorge con severidad.)
Ved que está el conde...
(Desasiéndose de Jorge y acercándose á la chimenea.)

JORGE. Por ventura se le esconde
nuestro amor?

BERTA. (Despues de abrir el estuche.) Un aderezo!
Brillantes! qué desvarío!

JORGE. Aunque indigno de vos...

BERTA. Pues!
siempre estas locuras!

JORGE. Es
un pobre recuerdo mio.

BERTA. Me agraviais.

JORGE. Yo?

BERTA. De esa suerte
mi afecto desacredita,
y en verdad no necesita
recuerdo que lo despierte.

JORGE. (Ap. á Guillermo.)
(Hay quién se atreve á dudar?...
Á su encanto no resisto.)

BERTA. Y Salomé? la habeis visto?

JORGE. Aquí la acabo de hallar.
No me agrada su presencia...

BERTA. Ni á mí; pero qué quereis,
Jorge?

JORGE. Me temo que habeis
cometido una imprudencia.

BERTA. Eso os causa pesadumbre?

JORGE. Y mucha.

BERTA. Habrá una semana,
poco más, que una mañana
salí... como de costumbre.
En un estrecho pasaje
de un callejon nebuloso,
tras de un grito doloroso
paróse mi carruaje.
Recuerdo... qué ceguedad!
que en aquel punto risueños
me halagaban dulces sueños

de loca felicidad.
Mas quién previene los fallos
del cielo? Al vidrio asomada
ví una mujer arrollada
por los piés de mis caballos.
En su auxilio me lancé;
pero alzóse de repente
la infelíz, y frente á frente
halléme con Salomé.
Quedé un instante dudosa;
mas viendo que ya no habia
riesgo, evitar presumia
su mirada cautelosa,
y volviéndome al estribo,
«á escape!» grité: y volaba
el coche, y aun yo gritaba;
«corre! más vivo! más vivo!»
Pensando hacerle perder
mi huella á casa volví;
tal espanto infunde en mí
esa funesta mujer!
Pero á otro dia, á mi puerta
la hallé de nuevo... en qué estado!
el rostro desencajado,
sin aliento, medio muerta.
Lloró... yo que ver no puedo
llorar, la dí mi perdon
primero, por compasion,
y despues, tambien por miedo.

JORGE. Miedo?

BERTA. Mi secreto tiene
en sus manos.

JORGE. Bien hiciste:
quédese aquí: pero ay triste
de ella si á vendernos viene.

GUILL. No lo temo: eso seria
inícuo.

BERTA. Yo no sospecho
que quepa en humano pecho
tan cobarde villanía.

JORGE. Basta. (Ap. á Guillermo.) (Mira que ya es hora:
mi padre espera.)

GUILL. Si dais (Saludando á Berta.)
permiso...
BERTA. Ya nos dejais?
GUILL. Á mi pesar: sí, señora.
Ser envidioso testigo...
BERTA. Conde! (Con dignidad.)
GUILL. Excusaba mi ausencia.
(Con tono respetuoso.)
Quiero, con vuestra licencia,
presentaros un amigo.
BERTA. Todos los vuestros lo son (Ceremoniosamente.)
de esta casa.
GUILL. Ya lo sé:
gracias, y adios. (Váse por el fondo.)

ESCENA V.

BERTA y JORGE.

Berta se deja caer con abatimiento en un sillon.

JORGE. Berta! qué
tienes?
BERTA. (Cuánta humillacion!)
Mi vida es pesada carga.
JORGE. Piensa que para mí vives.
De este modo me recibes
despues de ausencia tan larga?
No acierto qué pueda ser...
BERTA. (Incorporándose enojada.)
Jamás hace un caballero
espectáculo grosero
del rubor de una mujer.
JORGE. Qué dices?
BERTA. Es mi destino
verme con tanta impudencia
ultrajada en la presencia
de un fátuo, de un libertino.
JORGE. Guillermo?
BERTA. Teneis empeño,
mejor dicho, vanidad...
JORGE. No es nuestro amigo?

BERTA (Con resignacion.) Es verdad;
y en fin... vos sois aquí el dueño.
Haced mi infamia notoria:
yo nada puedo, es ya tarde...
pero es demasiado alarde
para tan fácil victoria.

JORGE. Comprendo bien tus enojos,
mas para tener razon
mándale á mi corazon
que no se asome á mis ojos.
Para tan leve desliz
tal rigor? Ese es su nombre;
sí, Berta: no es dueño el hombre
de ser ó no ser feliz.
Y en cambio, no soy en todo
tu esclavo? El cariño mio,
mi existencia, mi albedrío...

BERTA. No me trateis de ese modo.
Mujer que así se envilece
expíe su orgullo necio;
tratadme con el desprecio
que mi conducta merece.
Solo he tenido altivez
con mi padre: desdichada!
viviré siempre humillada
por no humillarme una vez?

JORGE. No has de poder alejar
de tí esa idea inflexible?

BERTA. Ay! pues si fuera posible!...
Mas qué he de hacer?

JORGE. Olvidar.

BERTA. Decidme, y cómo se olvida?
No, Jorge; la noche aquella
dejará profunda huella
en lo que dure mi vida.
Y eso que en el laberinto
de sus memorias me pierdo;
solo me queda un recuerdo
fijo, implacable, distinto:
mi padre! áun oigo en su boca
la acusacion despiadada,
pero injusta: despues, nada!

solo sé que estaba loca;
que en aquel punto perdí
toda fe, toda esperanza,
y que escuché á mi venganza,
y que me he vengado en mí.

JORGE. Berta! (En tono de reconvencion.)

BERTA. Sí, teneis razon.

JORGE. Á qué conduce la queja?

BERTA. Ay de la que se aconseja
de la desesperacion!

JORGE. Berta, el dolor te hace injusta.
Voy á darte una sorpresa
para que bendigas esa
publicidad que te asusta.

BERTA. Y qué es?

JORGE. Mi primer intento
á estas horas se ha cumplido.
Mi padre al fin ha sabido
que mis visitas frecuento
aquí, y sospechando bien
que tu amor me tiene ciego,
quiere verte, y vendrá luego.
No me das el parabien?...

BERTA. Jorge! me asusta esa idea
y al mismo tiempo me halaga.

JORGE. Triunfaremos.

BERTA. Dios haga
que por nuestra dicha sea.

JORGE. Ganar su afeccion te toca.

BERTA. Intentarlo te prometo;
y ahora...

JORGE. Qué?

BERTA. Tengo un secreto
que se escapa de mi boca.

JORGE. Habla, qué es?

BERTA. Ya que mi error
lastimó á aquel padre honrado,
al ménos he procurado
dulcificar su dolor.
De un recelo que me asalta
siento el suplicio.

JORGE. Convengo

en que es justo.

BERTA. Pues bien; tengo
que confesarte una falta.
Pero no ha estado en mi mano
evitarla.

JORGE. Qué delito
es ese? callas?

BERTA. He escrito
á aquel desdichado anciano.

JORGE. Cómo! á tu padre?

BERTA. Perdon.

JORGE. Desoyendo mi consejo?

BERTA. No ha de tener, pobre viejo!
alguna consolacion?
Sí, Jorge, su soledad
sérios temores me inspira.

JORGE. Qué le has dicho?

BERTA. Una mentira
que un dia será verdad.

JORGE. No te entiendo.

BERTA. Me has jurado
que serás mi esposo.

JORGE. Quién
lo duda?

BERTA. Yo no. Pues bien;
le digo... que me he casado.

JORGE. Qué locura!

BERTA. Á eso me obliga
su pena.

JORGE. Sois las mujeres...

BERTA. Como no sabe quién eres,
qué te importa que lo diga?

JORGE. Hecho está ya: no te riño.

BERTA. Mi buena intencion me excusa.

JORGE. Sí; la prudencia te acusa,
pero te absuelve el cariño.
Ahora bien; es tarde ya; (Llamando.)
quiero verte encantadora
como nunca, y pronto la hora
de la recepcion dará.

ESCENA VI.

DICHOS y SALOMÉ.

SALOME. Me llamabais?
BERTA. Mis doncellas?...
SALOME. Ya están en el tocador
esperándoos.
JORGE. No se pierda
un momento.
BERTA. Adios. (Váse por la izquierda.)
JORGE. Adios.

ESCENA VII.

JORGE y SALOMÉ.

SALOME. Teneis que mandarme?
(Haciendo ademan de seguir á Berta.)
JORGE. Escucha.
(Más siento esta humillacion!...)
Creo, y te pesará un dia
si estuviera en un error,
que tu venida á esta casa
será por bien.
SALOME. Yo no doy
á mi señora hartas pruebas
de afecto y de sumision?
JORGE. Cómo recuerdo la infausta
noche...
SALOME. Aquello se olvidó.
JORGE. Siendo así, consentiré
en que te quedes.
SALOME. Señor!
JORGE. Berta lo quiere.
SALOME. Es tan buena!
JORGE. Mas con una condicion.
SALOME. Hablad.
JORGE. Que nadie sabrá
por tí su historia.
SALOME. Ya estoy

advertida.

JORGE. Ni su clase.

SALOME. Conozco bien la leccion
Es rica, noble y viuda:
la sé de memoria ó no?

JORGE. Pues procura no olvidarla:
es consejo que te doy
por tu bien.

SALOME. No es necesario.

JORGE. No provoques mi rigor.
Soy poderoso, y te juro
que si nos haces traicion...

SALOME. No temais.

JORGE. Mas si nos guardas
lealtad, ya que no amor,
yo sabré recompensarte.

SALOME. No conozco la ambicion:
vuestra ventura, esta es
mi recompensa mayor.

JORGE. Pues en esa inteligencia,
es bueno que sepas... Hoy
viene mi padre á esta casa.

SALOME. (Sin poder disimular su alegría.)
Qué me decis?

JORGE. Sabedor,
ó sospechando á lo ménos
mi amorosa inclinacion,
quiere conocer á Berta.
Una duda, la menor
sospecha puede tal vez
perderla en su estimacion.

SALOME. Qué me toca hacer?

JORGE. Callar.

SALOME. Bien. (El infierno me oyó.)
Fácil es.

JORGE. Y sin embargo.
con eso me basta: adios. (Váse por el fondo.)

ESCENA VIII.

SALOMÉ.

Tú, que recuerdas mi agravio
quieres que lo olvide yo?
Pero es natural: he sido
esclava, y un bofeton
no deja huella ni afrenta
en rostros de mi color.
No me conocen! la dicha
es confiada; aún del sol
americano en mis venas
guardo el intenso calor.
Vengarme de ella queria,
y en vez de su perdicion
he de labrar su ventura?
no será; no, vive Dios!
aunque me cueste la vida...

ESCENA IX.

SALOMÉ, TOBY, despues MÓRTON y TOMÁS, todos por la puerta del fondo, derecha.

TOBY. Estais sola?
SALOME. Sí; qué hay, Toby?
TOBY. Como quedé en avisaros...
ahí están aquellos dos
caballeros.
SALOME. No quisiera
que llamáran la atencion
de nadie.
TOBY. Perded cuidado
SALOME. No han encontrado al señor?
TOBY. Vinieron por la escalera
de la servidumbre.
SALOME. Voy
allá; pero bien mirado,
en esta sala es mejor.
Hacedlos entrar. (El dia

(Toby desaparece un momento.)
de mi venganza llegó!)
(Vuelve á salir Toby, precediendo á Mórton y Tomás: estos vienen ridículamente vestidos con largos gabanes y sombreros de ala ancha. Habrá, sin embargo, en el traje de Mórton más severidad que en el de Tomás.)

SALOME. Ah! (Procurando contener la risa.)
MORTON. La impaciencia me abrasa,
pero en fin, la esperaré.
SALOME. Señor...
MORTON. Quién? no es Salomé?
SALOME. La misma.
MORTON. Tú en esta casa?
Me abandonaste...
SALOME. Es verdad,
pero fué por mi señora.
MORTON. Bien hecho! Bendita la hora
en que te dí libertad.
(Á Tomás, que en toda esta escena estará embobado mirando el lujo de la habitacion.)
Ahora entiendo por qué estaba
la pobre en mi casa, triste.
Verdad es que nunca fuiste
en realidad una esclava, (Á Salomé.)
ni te castigué jamás.
SALOME. Es cierto, señor.
MORTON. Y al lado
de mi Berta te has criado...
SALOME. Cierto.
MORTON. Como una hija más.
Pero si es grande el amor
que á mi corazon mereces
me pagas con tantas creces
que vengo á ser tu deudor.
Pero es verdad que no está
mi hija?
SALOME. Ya tardar no debe.
Las cuatro darán en breve.
MORTON. Es cierto.
SALOME. Pronto vendrá.
MORTON. Tendré paciencia; me ensayo

de cortesano. Quién es
ese?
(Ap. á Salomé y señalando á Toby.)

SALOME. Un lacayo.

MORTON. No ves,
(Ap á Tomás en tono jovial.)
Tomás? ese es un lacayo.

TOMAS. Demonio!... las apariencias...

MORTON. Viéndole tan satisfecho (Ap. á Salomé.)
y orondo...

SALOME. Qué?

MORTON. Le hemos hecho
no sé cuantas reverencias.

SALOME. Dejadnos.
(Á Toby, que hace una profunda reverencia y se va por el fondo.)

MORTON. (Cuando se fija
en nosotros una idea...)
Dí. quién es? en qué se emplea
el marido de mi hija?
(Al oir la palabra marido, hace Salomé un gesto de sorpresa que procura dominar.)

SALOME. Es mayorazgo.

TOMAS. Tambien!

SALOME. Pero aprovecha sus ocios
y hace negocios.

MORTON. Negocios!

SALOME. Y todos le salen bien.

MORTON. Hola!

SALOME. Es una bendicion
de Dios!

MORTON. Quién se lo diria!

SALOME. Á propósito: hoy es dia
en que tienen recepcion.

MORTON. Toma! en habiendo la base
de la sociedad, que es esto...
(Dándose golpecitos en el bolsillo del chaleco.)
Todos serán... (Con aire de importancia.)

SALOME. (Lo mismo.) Por supuesto.

MORTON. Gentes de su misma clase.
Vaya si tiene fortuna,
eh, Tomás? (No está de gracia.)

SALOME. Viene cierta aristocracia ..
MORTON. Del dinero.
SALOME. Y aun de cuna.
MORTON. Oye, oye, eso es diferente,
llegando á tales extremos...
Dí, te parece que haremos
buen papel entre esa gente?
TOMAS. Quién lo duda? (Con vanidad.)
MORTON. Lo decia
por el traje.
TOMAS. Es bien cumplido.
SALOME Eso es cierto. (Se han vestido
en alguna ropería.)
MORTON. Como en Lóndres, eso sí,
todo lo puede el dinero,
dije: «hágome caballero»
y ya me tienes aquí.
SALOME. Muy bien! todo lo concilia
el oro.
MORTON. Y qué importa el oro?
el caso era dar decoro
á nuestra nueva familia.
Te parece que el aspecto
no desdirá?...
SALOME. Lo dudais?
Os aseguro que vais
á producir gran efecto. (Con malicia.)
MORTON. Lo que yo quiero es saber
que es dichosa la hija mia.
SALOME. Lo es... mucho.
MORTON. Así me decia,
y yo, pues, qué habia de hacer?
quise con mis propios ojos
contemplar sus regocijos.
Señor! si entre padres é hijos
duran poco los enojos!
TOMAS. (No es castigo á su perfidia
este, pero él llegará.)
MORTON. Repara en Tomás; está (Ap. á Salomé.)
devorándole la envidia.
Eh? qué tal? qué ostentacion! (Á Tomás.)
TOMAS. Como soy hombre sencillo

no sé apreciar...

MORTON. (Ap. á Salomé.) Pobrecillo!
me está dando compasion!

SALOME. (Compasion! tenla de tí!
breve será tu alegría.)

MORTON. Pero ya tarda.

TOMAS. (Qué haria
por arrancarla de aquí!)

TOBY. Visitas.

(Sale apresuradamente y habla al oido á Salomé.)

SALOME. Vamos, señor.

MORTON. Dónde vamos?

SALOME. Viene gente,
y hasta que Berta os presente
no debeis...

MORTON. Quién es?

TOBY. Un lord.

MONTON. Un lord! (Con satisfaccion, mirando á Tomás.)

TOMAS. (Diantre!)

MORTON. (Á Salomé.) De tu dueño
algun protector: no digo
bien?

SALOME. Es su amigo.

MORTON. (Á Tomás, como antes.) Su amigo!
me está pareciendo sueño!
Vamos, pues.

(Vánse por el fondo izquierda excepto Toby.)

ESCENA X.

TOBY, un momento despues LORD SEYMUR y GUILLERMO por el fondo derecha.

TOBY. Qué significan
estas salidas y entradas,
y cómo es que se permiten
gentes de tan mala traza?...

GUILL. Por aquí.

(Saliendo con Lord Seymur por el fondo derecha.)

SEYMUR. Sin anunciarnos?

GUILL. Tengo con ella confianza.
Y tu señora? (Á Toby.)

TOBY. Aún está
en su tocador. (Saluda y váse por el fondo.)
SEYMUR. No gasta
etiqueta.
GUILL. Ciertamente.
SEYMUR. Es raro en tan noble dama.
GUILL. No lo extrañeis: la criolla,
como buena americana,
es muy sencilla: aún conserva
las costumbres de su patria.
SEYMUR. Conocereis, quién lo duda?
su orígen.
GUILL. Sé lo que basta...
SEYMUR. Guillermo, hay aventureras
por el mundo que aventajan
al más diestro.
GUILL. No lo niego,
mas segun cuenta la fama,
su nobleza se remonta
más allá de las cruzadas.
Su padre fué un emigrado
ilustre, que huyó de Francia
en la época del terror.
Fué á América, corrió varias
aventuras, mas casó
por allá, y esto fué causa
para que patria y familia
andando el tiempo olvidára.
SEYMUR. Y quién fué el pobre señor
que perdió joya tan rara
muriéndose?
GUILL. Ah! ya! el marido
de la...
SEYMUR. Pues!
GUILL. Si no me engaña
la memoria, fué un sujeto
de apreciables circunstancias.
Senador y plantador,
pero en fabulosa escala,
con un capital absurdo.
(Miento más que la canalla.)
SEYMUR. Y por quién se saben esas

noticias?

GUILL. Por la embajada.

SEYMUR. Ya es algo.

GUILL. (Me están saliendo
los colores á la cara.)

SEYMUR. Quiero juzgar por mí mismo.

GUILL. Me alegro.

SEYMUR. La sangre habla:
oh! no lo dudeis. Me han dicho
que Jorge pretende y ama
á la viuda, y que ella da
ocasion y aun esperanzas.

GUILL. Es la primera noticia
que tengo.

SEYMUR. No sabiais?...

GUILL. Nada.
Miren la mosquita muerta!
y yo que ni aun sospechaba...

SEYMUR. La conducta de mi hijo
me trae receloso: gasta
sin compasion.

GUILL. En el Derby
ha hecho apuestas desgraciadas.
Por lo demas...

SEYMUR. Ahí está.
(Viendo á Jorge que sale por el fondo.)

GUILL. (Gracias á Dios!)

ESCENA XI.

DICHOS y JORGE.

JORGE. No esperaba
encontraros todavía
aquí.

GUILL. Ahora llegamos.

SEYMUR. Gracias
al conde, vengo á ofrecer
mis respetos á esa dama.
Y ademas... no te lo oculto:
temia que frecuentáras
amistades peligrosas

indignas de tu prosapia.
Los informes que me ha dado
tu buen amigo me encantan.

JORGE. Estais satisfecho?

SEYMUR. Y mucho.
Nobleza antigua... ahí es nada!
(Acercándose al velador y recorriendo el álbum.)

GUILL. Oh!

SEYMUR. Más allá de los tiempos
de Godofredo... me basta.

GUILL. Lo creo.

SEYMUR. Lindos grabados!

JORGE. (Qué dice mi padre? (Ap. á Guillermo.)

GUILL. Calla!
le he mentido.

JORGE. (Con seriedad.) Le has mentido!

GUILL. Sí, hombre, sí: con una audacia!...

JORGE. Tú has de echarnos á perder.

GUILL. Pero si me preguntaba,
qué habia de hacer?

JORGE. Hay mil medios
de esquivar... respuestas vagas...
pero engañarle es faltar
al respeto de sus canas.)

SEYMUR. Ahora que recuerdo, tengo
que reñirte.

JORGE. Por qué causa?

SEYMUR. Estoy quejoso contigo.
No tienes ya confianza
en tu padre?

JORGE. Siempre.

SEYMUR. No.
Hoy me han sido presentadas
cuentas tuyas... dejo á un lado
su material importancia;
pero otra cosa me ofende:
(Soltando el álbum y dirigiéndose á Jorge.)
si debes, por qué no pagas?

JORGE. Temia desagradaros.

SEYMUR. Esotro me desagrada
aún más: eso tiene un nombre
feo y vergonzoso: trampa! (Con energía.)

JORGE. Padre!... señor!
SEYMUR. Cosa indigna
de tí y de mí.
JORGE. Ya pensaba...
SEYMUR. Desde hoy tendrás como yo
una llave de mi caja.
JORGE. Gracias.
SEYMUR. Mas no vuelva á oir
cosas que mi nombre infaman.
JORGE. Perdonad.
SEYMUR. Ya te lo he dicho:
si, lo que no espero, faltas
á lo que exige de tí
el honor de nuestra casa...
Trae la primogenitura
obligaciones sagradas,
y hermano tienes que puede
en todo caso heredarla;
que al hombre que en mi familia
de sus deberes se aparta
se le considera muerto.
JORGE. Lo sé.
SEYMUR. Si lo sabes, basta.
Oigo pasos.
GUILL. (Mirando hácia la puerta de la izquierda.)
Aquí está
la señora de la casa.
SEYMUR. Es esa? (Sorprendido.)
GUILL. Sí; qué os parece?
SEYMUR. Bien. (Casualidad más rara!...)

ESCENA XII.

DICHOS y BERTA, vestida con mucha elegancia: JORGE se adelanta hasta la puerta.

JORGE. Ánimo! (Ap. á Berta.)
BERTA. (Dios sea conmigo!)
Señores...
GUILL. Tengo el honor
de presentaros á lord

Seymur, mi honorable amigo.

JORGE. Mi padre.

SEYMUR. Señora mia... (Saludando.)

BERTA. Tengo un placer singular...

SEYMUR. Gracias. (No puedo dudar.)

BERTA. (Malhaya mi cobardía!)

SEYMUR. (En hermosa luz se abrasa
el bribon: feliz le creo.)

BERTA. Gracias al conde, que os veo
(Invitando con el ademan á lord Seymur para que tome asiento.)
honrar esta humilde casa.
(Se sienta en el sofá, y lord Seymur en una silla á su lado.)

SEYMUR. Casa? dejad eso al hombre,
señora, y valgan verdades.
La mansion de las deidades
siempre ha tenido otro nombre.

GUILL. Os advierto que milord...

BERTA. Sí, sí; ya estoy prevenida:
tiene fama, y merecida,
de galante y decidor.

SEYMUR. Por hoy la fama se engaña,
que á más de vuestra presencia
me domina la influencia
de cierta aventura extraña.

BERTA. Hola!

SEYMUR. Mirando á mi edad
ya habreis dado por supuesto
que no es de amor.

BERTA. Me habeis puesto
en mucha curiosidad.

SEYMUR. Ya! y quereis...

BERTA. Si puede ser,
saberla.

SEYMUR. Eso es otra cosa.
Yo hablador...

BERTA. Y yo curiosa...

SEYMUR. Digo! qué ha de suceder?
En un barrio, junto al rio,
de equívoco aspecto y fama,
ví salir hoy á una dama

de un zaguan pobre y sombrío.
Noble porte, airoso talle,
con una cara de cielo:
y qué aprisa se echó el velo
al poner el pie en la calle!

GUILL. Tarde, por lo visto, fué.

SEYMUR. Y realzando su belleza,
una expresion de tristeza
en aquel rostro noté,
y aun lágrimas.

GUILL. Eso es serio!

SEYMUR. La casa de que salia
no estaba en mucha armonía
con ella, y dije, misterio!
Subió á un coche.

JORGE. (Ese lenguaje!..,)

SEYMUR. Yo, para no dejar nada
por ver, eché una mirada
inteligente al carruaje.
Berlina azul, sin blason
ni librea, ni aun lacayo:
vidrio opaco, tronco bayo,
todo sin ostentacion,
pero de buen gusto. En fin,
entré en sospechas.

JORGE. (La infiel!...)

BERTA. Quién hizo llorar á aquel
humanado serafin?
Buscando á quién preguntar,
entro: soy algo curioso
para intrigas; no reposo...

BERTA. Bien se ve. (Procurando dominar su emocion.)

SEYMUR. Para acabar,
llamo; me salen á abrir,
y una anciana me recibe:
la pregunto: «aquí, quién vive?
—Un hombre que va á morir.
(Marcando el diálogo con las inflexiones de voz.)
—De qué muere?—De dolor.
—Hay pena que tanto aflija?
—La suya: tuvo una hija:
se la robó un seductor.»

BERTA. (Pobre padre!)
SEYMUR. «Y la señora
que sale en este momento
de aquí, de vuestro aposento,
quién es?—Una bienhechora.»
(Ya respira.) (Observando á Jorge.)
BERTA. No hay materia
para una novela.
JORGE. Cierto.
(Mirando amorosamente á Berta.)
SEYMUR. «Sin ella hubiera ya muerto
de abandono y de miseria.
—Quisiera verle.—No pase,
no, por el ángel custodio!
—La razon?...—Le inspiran ódio
los hombres de vuestra clase.
—Es noble el bribon? ..—No sé;
pero por tal se vendia.
—Es justa su antipatía.»
Y á pesar de todo, entré;
pero el enfermo, la faz
alzando, desencajada,
en mi clavó una mirada
fija, implacable, tenaz:
mirada llena de enojos,
de iras, penas y dolores.
Nunca ví tantos rencores
centellar en unos ojos,
Creereis que olvidar no puedo
de aquella mirada el brillo?
JORGE. Y en fin?...
SEYMUR. Arrojé el bolsillo,
y huí.
GUILL. Qué huisteis?
SEYMUR. De miedo.
JORGE. Pero es posible?
SEYMUR. Qué quieres?
BERTA. Un hombre!
SEYMUR. Un hombre, qué vale?
para esto nada hay que iguale
al valor de las mujeres.
JORGE. Sí.

SEYMUR. Figuraos si fué viva
mi emocion, cuando aquí dentro,
de repente...
JORGE. Qué?
SEYMUR. Me encuentro
la dama caritativa.
No lo negueis. (Se levanta.)
BERTA. Y por qué
os lo habia de negar?
qué tiene de singular?...
SEYMUR. Lo que tiene yo lo sé.
Sobre mí en esta aventura
habeis ganado la palma,
y es porque teneis un alma
que iguala á vuestra hermosura.
BERTA. No es todo hombre nuestro hermano?
no es un deber?...
SEYMUR. Decis bien,
y yo lo cumplo tambien,
pero por agena mano.
BERTA. Sí; lo cumplis... por mitad.
SEYMUR. Presenciar tales horrores...
BERTA. No quiero administradores
que guien mi caridad.
Enjuga mejor el lloro
y más acepto es al cielo
el bálsamo de un consuelo
que la limosna del oro.
SEYMUR. Sin embargo...
BERTA. Haced la prueba.
SEYMUR. La limosna siempre es pia.
BERTA. Y hace mucho el que la envia;
pero más el que la lleva.
Porque hoy entra la ficcion
en todo.
SEYMUR. Es cosa frecuente...
BERTA. Y es, si no es inteligente,
culpable la compasion.
Yo á la caridad no quiero
creer que nada le sobre,
y lo que da al falso pobre
se lo roba al verdadero.

SEYMUR. Eso prueba un alma recta.
BERTA. Mis distracciones mejores
son mis pobres y mis flores.
SEYMUR. Eso tambien? sois perfecta.
Yo soy de una sociedad
de botánica, individuo
nulo, es cierto; pero asíduo
como toda nulidad.
BERTA. Oh! milord!
SEYMUR. Aficionado;
eso sí.
GUILL. (Ap. á Jorge.) (No ves qué aplomo?...)
BERTA. Sois modesto. Pero cómo
pasa el tiempo á vuestro lado!
(Se dirige á la puerta del fondo donde aparece Toby: éste la habla en voz baja.)
Qué hay?
GUILL. (Á lord Seymur.) Os mentia?
SEYMUR. No son
de loco entusiasmo extremos.
Es celestial.
BERTA. (Bajando al proscenio.) Ya tenemos
visitas en el salon.
SEYMUR. Dad vuestro permiso...
(Dirigiéndose á la puerta del fondo.)
BERTA. Aquí
sois dueño: pasad delante
y dispensadme un instante.
(Lord Seymur se va por el fondo seguido de Guillermo y Jorge; pero este se queda detrás, y cuando aquellos han desaparecido vuelve á bajar rápidamente á la escena.)

ESCENA XIII.

BERTA y JORGE.

BERTA. Estás contento de mí?
JORGE. Sí, modesta bienhechora!
(Cogiéndola las manos.)
Mi padre va entusiasmado.
Cierto es que nunca has estado

tan bella y tan seductora.

BERTA. Ay! si eso pudiera ser!...

JORGE. Sí, Berta.

BERTA. Qué feliz soy!
Calla! calla! ves? estoy
temblando.

JORGE. Sí?

BERTA De placer.
Pero esto es un desvarío.

JORGE. Con cuánta gloria te escucho.
Querrás á mi padre?

BERTA. Mucho;
sí, Jorge, despues del mio.

JORGE. Dime: y por qué no á la par
si el tuyo fué tan cruel?...

BERTA. Eso pregúntalo á aquel
que le dió mejor lugar.

ESCENA XIV.

DICHOS y GUILLERMO, que sale muy alarmado.

GUILL. Jorge! Berta! es increible...

BERTA. Conde! (Temerosa)

JORGE. Qué agitado vienes?

GUILL. Y con razon.

JORGE. Pues qué tienes?.

GUILL. Traigo una nueva terrible.
Ahora ha entrado en el salon
vuestro padre. (Á Berta.)

BERTA. Qué?

GUILL. Ha venido
á veros, y aquello ha sido
un pasmo, una confusion!
Ois? se acerca.

JORGE. Ten calma. (Á Berta.)

MORTON. Quiero verla. (Dentro.)

GUILL. Ahí está ya.

ESCENA XV.

DICHOS. MÓRTON y TOMÁS por el fondo.

MORTON. Berta! Berta! dónde está?
Hija! mitad de mi alma!
(Viéndola y arrojándose en sus brazos.)
BERTA. Padre! (Sin poder ocultar su turbacion.)
JORGE. Por Díos! permitid...
(Queriendo llevárselo hácia la puerta de la izquierda.)
BERTA. No dudeis de mi contento;
pero...
JORGE. Entrad á este aposento.
TOMAS. (Demonio...)
JORGE. Ocultaos aquí.
MORTON. Por qué?
JORGE. No podeis saber...
MORTON. No. (Resistiéndose.)
BERTA. Dejadme que os convenza...
MORTON. Qué es eso? tienes vergüenza
de haberme debido el ser?
(Desasiéndose de Jorge y retrocediendo algunos pasos. Un momento ántes se ha presentado en la puerta del fondo lord Seymur, seguido de algunos otros caballeros: estos permanecerán del lado afuera de la puerta hasta la conclusion de la escena diez y siete.)

ESCENA XVI.

DICHOS, LORD SEYMUR y CABALLEROS.

MORTON. Y tu esposo? otro que tal.
Señor Jorge, con vos hablo.
(Lord Seymur baja lentamente al proscenio.)
JORGE. Yo...
MORTON. No me deis al diablo:
ya vine... en dónde está el mal?
Si piensa porque negocia...
SEYMUR. Sois el padre?... (Señalando á Berta.)
MORTON Sí, señor.
Gabriel Mórton, labrador.

y de los buenos de Escocia.
Ya está aclarado el secreto.

SEYMUR. Oid, buen hombre.

MORTON. Qué es buen hombre?
No os he dicho ya mi nombre?
pues tratadme con respeto.

SELMUR. Perdonad: aquí se encierra
un misterio

MORTON. Aquí?

SEYMUR. De fijo.
Este caballero es mi hijo,
y yo soy lord de Inglaterra.

MORTON. Lord de Inglaterra! es verdad?

SEYMUR. Sir Jorge no puede ser
marido de una mujer
de tan baja calidad.

BERTA. (Dios santo!)

MORTON. Hablad, caballero! (Á Jorge.)
Tú tambien! enmudeceis?
habla, infeliz!

BERTA. Qué quereis?

MORTON. La verdad es lo que quiero.

BERTA. Ya os dice mi confusion...

MORTON. Basta. No, no es su marido. (Á lord Seymur.)
Luego has mentido! Ha mentido.
Sí, milord, teneis razon.

SEYMUR. Ya lo veis.

MORTON. Aunque me pesa
decirlo, que es triste cosa,
ni aun merece ser la esposa
de un libertino... como ese.
(Señalando á Jorge.)
Dichosa tu pobre madre
que esto no ve. Basta, digo!
(Á Berta, que ha hecho ademan de hablar.)
Yo te... No! no la maldigo;
dejaré de ser su padre?

BERTA. Señor!

MORTON. Vámonos, Tomás:
sosten á este pobre viejo.

BERTA. No me abandoneis.
(Con tono suplicante y cayendo de rodillas.)

MORTON. Te dejo
para no verte jamás.
(Se dirige con Tomás hácia la puerta del fondo.)
SEYMUR. Esperad.
MORTON. Quereis tambien
gozaros en mis dolores?
Venid! acercaos, señores!
miradme, miradme bien.
Pasatiempo habeis hallado
y raro! sí, vive Cristo!
Desde cuándo no habeis visto
la cara de un hombre honrado?
SEYMUR. Gabriel Mórton!
MORTON. Sí, señor:
Dios ha puesto, no es jactancia,
esa... pequeña distancia (Con ironía.)
entre el villano y el lord.
Atrás!
(Á lord Seymur, que hace demostracion de detenerle.

ESCENA XVII.

DICHOS, menos MÓRTON y TOMÁS.

SEYMUR. (Me estaba mirando
con la expresion de aquel hombre...)
Salid! (Á Jorge.)
Y vos, en el nombre (Á Guillermo.)
de vuestro padre, os lo mando.
Esa mujer lleva escrita
su infamia...
JORGE. Padre! (Con tono suplicante.)
BERTA. (Ay de mí!)
JORGE. Salgamos todos de aquí:
esta casa está maldita.
(Vánse todos, quedando sola Berta, que ha permanecido arrodillada. Un instante despues sale por la izquierda Salomé, pobremente vestida como en el acto primero. Al oir sus pasos, levanta Berta la cabeza, se incorpora, y al reconocer á la mulata da un grito de espanto.)

ESCENA XVIII.

BERTA, SALOMÉ.

BERTA. Salomé!
SEYMUR. No tengais miedo;
saldada está entre las dos
la terrible cuenta. (Se dirige al fondo.)
BERTA. Dios
te perdone! yo no puedo.
(Dejándose caer en el sofá.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto primero, sin que se advierta alteracion de ninguna especie en la colocacion de los muebles. Sobre la chimenea, y en el jarro en que Berta colocó el ramo de flores, se verán estas marchitas y en parte deshojadas. Al levantarse el telon está el teatro solo.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL, TOMÁS por el fondo.

TOMAS. (Desde la puerta.)
No le he encontrado.
ISABEL. Sin duda
en la sala...
TOMAS. (Despues de mirar á todos lados.)
Ni por esas.
ISABEL. Se ha vuelto lo más huraño!...
TOMAS. (Asomándose la habitacion de Berta.)
Tampoco en estotra pieza.
ISABEL. Nada! estará en un rincon.
TOMAS. Como siempre: me da pena.
ISABEL. Pues! adorando memorias
de aquella...
TOMAS. Sí, sí! de aquella...
ISABEL. Todo está aún como estaba

en la noche de su ausencia,
y desgraciado el que toque
algo aquí! le arma una gresca!...
Y en esta contemplacion
se pasa las horas muertas.

TOMAS. Pero esto es ya demasiado:
perderá de esa manera
la salud.

ISABEL. No será extraño.
Ahí tienes las consecuencias
de un momento de extravío.

TOMAS. Pero páguelo quien deba.
Esa bribona!

ISABEL. Qué dices,
Tomás?

TOMAS. Nada de indulgencia.

ISABEL. Caridad.

TOMAS. Lo dicho, dicho.

ISABEL. Calla!

TOMAS. No quito una letra.

ISABEL. Mira que voy á pensar...

TOMAS. Qué, mamá?

ISABEL. Ya es mucha tema.
Voy á creer que aún te dura...

TOMAS. Bah!

ISABEL. Pues si yo lo supiera...

TOMAS. Cuando imagino que he estado
para casarme con ella,
el cabello se me eriza.

ISABEL. Ya hay por qué temblar.

TOMAS. Friolera!
Pero á Dios gracias, hallé
con Luisa ¡qué diferencia!
el opuesto polo, el centro
de la virtud.

ISABEL. Una perla.
Pero este hermano...
(Procurando cambiar la conversacion.)

TOMAS. Esperad.

ISABEL. Aquí?

TOMAS. Hay que darle esta nueva
con precaucion: las venturas

de Luisa le desesperan.
ISABEL. Es natural: te contaba
por su hijo ya.
TOMAS. No es fachenda,
ni presuncion, ni amor propio,
pero otro yo no lo encuentra.
ISABEL. Calla, que viene mi hermano.

ESCENA II.

DICHOS y MÓRTON por la izquierda.

MORTON. Aquí estabais? (Con indiferencia.)
TOMAS. (Ap. á Isabel.) Ni se alegra
de vernos.
ISABEL. Cuando te digo...
MORTON. Y qué novedad es esta?
TOMAS. Cumpliendo con un deber...
MORTON. Sigue.
TOMAS. (Se me ata la lengua.)
Venimos... Decidlo vos.
ISABEL. Á darte una alegre nueva.
Mi Luisa...
MORTON. Adelante.
ISABEL. Es madre.
TOMAS. La niña más hechicera!
MORTON. Para eso tantos rodeos,
Tomás?
TOMAS. Mi delicadeza...
MORTON. Por qué razon? siempre tiene
la virtud su recompensa.
No digo bien, Isabel?
Recibid mi enhorabuena;
vuestra dicha participo;
y por qué no?
TOMAS. (Otra te queda.)
MORTON. Lloran las desventuradas
que abandonaron la senda
del deber: lloran, en tanto
que las... felices, se alegran.
ISABEL. Y ella merece su dicha.
MORTON. Cierto, y cuando así no fuera,

á cuántas malas, la santa
maternidad ha hecho buenas!
Dios la bendiga, y bendiga (Á Tomás.)
en su hija tu descendencia,
y cuanto yo desgraciado,
venturoso padre seas.

ISABEL. Eres desgraciado; es cierto,
y hay causa; pero te empeñas
en serlo más.

MORTON. Qué he de hacer?

ISABEL. Podrias, si tú quisieras,
vivir con nosotros.

MORTON. No;
estos sitios me recuerdan
á mi hija infeliz. No digo...
ni pienses que quiero verla,
eso no! mi dignidad
tampoco lo permitiera.
Imposible! está muy viva
y muy reciente mi afrenta.
Mas no puedo abandonar,
supuesto que lo quisiera.
esta casa que ha dejado
de tantas memorias llena.

ISABEL. Pero te matas.

MORTON. Y en fin,
no hablemos de esta materia.
Déjame con mi capricho,
y basta.

ISABEL. Como tú quieras.

MORTON. Tú harias como yo.

ISABEL. Es posible.

MORTON. Sí, hermana.

ISABEL. No soy de piedra.
Pero mi Luisa me aguarda:
me vuelvo á su cabecera.

MORTON. Dala por mí el parabien
de su dicha.

ISABEL. Adios te queda.
(Váse por el fondo.)

ESCENA III.

MÓRTON y TOMÁS.

MORTON. Tú no vas?.,.
TOMAS. Ya teneis prisa
por echarme?
MORTON. (Con mal humor.) No soy dueño...
TOMAS. Perdonad: traigo un empeño
con vos.
MORTON. Tuyo?
TOMAS. Y de mi Luisa.
Sois su tio, y estos lazos
os imponen el deber...
MORTON. Acaba.
TOMAS. Quereis tener
aquel pimpollo en los brazos?
MORTON. Bien.
TOMAS. Soy en este momento
muy feliz. (Aunque jurára...
Por lo menos en la cara
no se le nota el contento.)
Os incomodo?
MORTON. Al contrario;
mas sufro.
TOMAS. Lo confesais.
Pero por qué os obstinais
en vivir tan solitario?
MORTON. Por qué? porque así no olvido.
Hay nada más doloroso,
más terrible què el hermoso
recuerdo del bien perdido?
TOMAS. No os consolará el amor
nuestro?
MORTON. Ni lo quiera el cielo;
para mí no hay más consuelo
que el exceso del dolor.
Ante el recuerdo feliz
de aquellas horas serenas
quiero retorcer mis penas
hasta su misma raiz.

Á qué intentarlo, si sé
que el consuelo ha de ser tibio?
Malhaya el cobarde alivio
que deja al dolor en pie!

TOMAS. Esa funesta criatura
que en tanta afliccion os puso...

MORTON. Qué dices, Tomás?

TOMAS. La acuso
de hacer vuestra desventura;
sí, señor.

MORTON. Y tú, por qué?

TOMAS. Por qué? me gusta el capricho.

MORTON. Acusar! Y quién te ha dicho
que yo lo consentiré?

TOMAS. Mi deber...

MORTON. Basta de charla.
Ligera, culpable ó loca,
es mi hija, y á mí me toca
absolverla... ó condenarla.

TOMAS. Eso sí.

MORTON. Yo soy su juez;
su único juez.

TOMAS. Es verdad.

MORTON. La suprema autoridad:
lo sabes para otra vez.

TOMAS. No he dicho nada. (Pausa.)

MORTON. Dispensa,
buen Tomás.

TOMAS. Vos sois el amo.

MORTON. Á un tiempo aborrezco y amo;
pero es tan grande la ofensa!

TOMAS. La perdonárais?

MORTON. Quién, yo?
jamás. (Con forzada energía.)

TOMAS. (Está hecho un veneno!)

MORTON. Compadecerla, eso, bueno,
pero perdonarla, no.

TOMAS. No lo merece su dolo
ni su...

MORTON. Tambien es prurito!
Ya he dicho que no permito...
Dejáme, quiero estar solo.

TOMAS. Ya me voy. Adios.
MORTON. (Con sequedad.) Adios.
TOMAS. Qué memoria! habia olvidado... (Volviendo.)
MORTON. Qué es?
TOMAS. Á la puerta me han dado
una carta para vos.
MORTON. Para mí? (Dios verdadero!)
Una carta? (De qué nace
esta turbacion? Ay! hace
tanto tiempo que la espero!)
Qué haces que no me la das?
(Mórton procura manifestar la mayor indiferencia para ocultar su emocion hasta el final de la escena.)
TOMAS. Esta es.
(Sacándola de un bolsillo, donde habrá hecho que la busca.)
MORTON. No sé en qué consista...
(Enjugándose con disimulo las lágrimas.)
Si iré perdiendo la vista?
Quieres leérmela, Tomás?
(Alarga la carta á Tomás y éste la recorre con los ojos durante un momento.)
TOMAS. (Ta! ta! ta! tá!) (Admirado.)
MORTON. Qué te pasa?
TOMAS. (Lee.) «Una mujer que halló asilo
»en el pobre aunque tranquilo
»recinto de nuestra casa...»
MORTON. No te pares.
TOMAS. (Diablo! diablo!)
«Vuestra caridad implora.»
MORTON. Quién firma?
TOMAS. La superiora
del hospital de San Pablo.
MORTON. (Si será...) En el hospital
dice?
TOMAS. (No sé qué sospecho!)
MORTON. Y está postrada en un lecho!
deben pasarlo allí mal.
(Con agitacion mal reprimida.)
TOMAS. Qué teneis?
MORTON. La compasion:
preciso era ser de roca...

Ya que mi piedad invoca
es casi una obligacion.
(Tomando el sombrero.)

TOMAS. Vais á verla?

MORTON. (Con naturalidad.) Pues es claro.

TOMAS. (Será su hija?)

MORTON. Y llevar quiero
dinero. (Mucho dinero!
(Trata de abrir la papelera, pero se lo impide por un instante su agitacion.)
Para qué has cerrado, avaro?)

TOMAS. Estais temblando.

MORTON. No es nada.
(Cogiendo con disimulo grandes puñados de dinero.)
Es tan hermoso hacer bien!

TOMAS. Os acompaño?

MORTON. (Con afectada indiferencia.) No. Quién
será esa desventurada?

TOMAS. Quién sabe!

MORTON. (Dirigiéndose al fondo.)
(Oh, Dios! si es mi Berta!)

TOMAS. Con que ireis á vernos hoy?

MORTON. Ó mañana. Á dónde voy? (Retrocediendo.)
mejor es por esa puerta.
(Señalando á la izquierda.)
Está más cerca, verdad?

TOMAS. Poco; un minuto, diez pasos.

MORTON. Un minuto en estos casos
puede ser la eternidad.
(Váse precipitadamente por la puerta de la izquierda.)

ESCENA IV.

TOMÁS, luego BERTA por el fondo.

TOMAS. Será lo que yo presumo?
Anda! y no lleva mal trote!
—Una mujer!
(Al dirigirse á la puerta del fondo se encuenta frente á frente con Berta, que viene modesta, pero de

centemente vestida.)

BERTA. Yo soy!

(Dando muestras de cansancio y abatimiento.)

TOMAS. Calle!
Demonio! quién os conoce?...

BERTA. Mi padre...

TOMAS. No está, mas puede
volver. Dónde vais?

BERTA. Á dónde?
No querrá mi padre verme?

TOMAS. Veros? ni oir vuestro nombre.
Idos.

BERTA. No, no!

TOMAS. Qué se han hecho
vuestro palacio y los coches?...

BERTA. Piedad!

TOMAS. Habeis renunciado
á las grandezas de Lóndres?
Ya comprendo: abandonada
sin duda por vuestro cómplice...

BERTA. No lo sé; pero perdida
aquella esperanza doble
de consolar á mi padre
rehabilitando su nombre,
á mi conciencia, á mi orgullo,
saqué de su sueño torpe,
de mis indignas cadenas
rompiendo los eslabones.

TOMAS. Y qué buscais aquí?

BERTA. Busco...

TOMAS. Á vuestro padre?

BERTA. En el orbe
no me queda otro refugio
donde ocultar mis dolores.

TOMAS. Hum! no sabeis que en su enojo
está más firme que un roble?
Y la verdad, con justicia.

BERTA. Ay, que aún ignora hasta dónde
fuí desdichada, y la parte
que le toca en mis errores.

TOMAS. Qué estais diciendo?

(En tono de reconvencion.)

BERTA. Y á vos
y á todos. Aquella noche,
cuando ya desesperada,
loca de dolor, sin norte
á Dios la muerte pedia
y á mi corazon rencores,
una inspiracion del cielo
de repente iluminóme;
llegué á vuestra puerta llena
de esperanzas y temores.
TOMAS. Qué buscabais?
BERTA. Vuestro amparo,
vuestra proteccion. Oh! entónces,
entónces era inocente;
lo juro al Dios que nos oye.
TOMAS. Seguid. (Con frialdad.)
BERTA. Pero á mi memoria
se amontonaron de golpe
vuestro desden injurioso,
vuestros injustos reproches.
TOMAS. Injustos! (Con ironía.)
BERTA. Toma el orgullo
extrañas transformaciones,
y me juzgué deshonrada
por aquel impulso noble.
Y era... por mi mal lo veo!
que aprovechando el desórden
de mi razon, el delito
me estaba llamando á voces.
TOMAS. Bien: tranquilizaos; pero esto
es bueno que se negocie
con tacto: él es inflexible,
pero luego que desfogue...
BERTA. Sí, sí!
TOMAS. Los que somos padres...
qué diablo! al fin y á la postre...
BERTA. Ah! sois padre!
TOMAS. De una niña.
(El despecho se la come.)
Siento que no podais verla,
porque...
BERTA. Pues bien, en su nombre!...

TOMAS. Qué quereis?
BERTA. Mi buena Luisa!
así de su dicha goce
muchos años; sed entrambos
con mi padre mediadores.
Rogad por mí.
TOMAS. Basta! basta!
en tocando á ese resorte
soy un niño; ya veré
de convencerle. Y que el pobre
sufre tanto!
BERTA. Ay, padre mio!
TOMAS. Y si pusiere algun óbice
lo allanaremos, qué diablo! (Hace que se va.
Pero es segun y conforme:
si me prometeis...
BERTA. Hablad.
TOMAS. Siento. . (Manifestando cortedad.)
BERTA. Nada hay que me asombre.
TOMAS. Que no hemos de veros nunca:
á lo menos mi consorte.
BERTA. Bien. (Resignada.)
TOMAS. Los padres de familia
tenemos obligaciones...
BERTA. Aquí viviré encerrada:
ni ella ni vos...
TOMAS. Yo soy hombre.
Voy á hablar á vuestro padre.
Ocultaos: el primer choque
será terrible, y es bueno
que ántes le prevenga: conque...
BERTA. No temais.
TOMAS. Pero domad
ese genio, mostraos docil.
BERTA. Yo os lo aseguro: he pasado
por tantas humillaciones!
TOMAS. Adios. (Váse por la puerta del fondo.)

ESCENA V.

BERTA, sola.

Ya estamos aquí.
Qué dulce tranquilidad!
qué bien respiro! Es verdad
cuanto ha pasado por mí?
Verdad terrible, aunque nada
mudó tu alegre apariencia:
nada has cambiado en mi ausencia,
mi pacífica morada.
Será que un alma pía
en guardarte se complace
y de mis recuerdos hace
amorosa compañía,
ó es que mirándome inerme
contra mi abandono triste,
la Providencia te viste
de encantos para atraerme?
Cuántas memorias, retrato
de mi madre, en mí despiertas!
ahí están, como ella muertas,
las flores de aquel ingrato.
Aún hallo como quedó
mi labor junto al hogar.
Ay! todo está en su lugar!
todo!... todo... menos yo
Oigo á mi culpa que grita
de mi pecho en lo más hondo...
(Acercándose rápidamente á la puerta de la izquierda.)
Son pasos? dónde me escondo?

ESCENA VI.

BERTA, que se queda temblorosa y escondida cerca de la chimenea; MÓRTON, que sale por la izquierda en el mayor desórden.

BERTA. No es tiempo. Vírgen bendita!
mi padre!
MORTON. La maldicion

de Dios me sigue, me acosa.
Justicia eterna! esto es cosa
para perder la razon.

BERTA. Qué airado está!

MORTON. Si esta idea
quedará siempre aquí fija?
Siempre! pobre hija! pobre hija!

BERTA. Quiera Dios que no me vea.

MORTON. De tus villanos antojos
bien es que el premio recabes,
ciego infeliz, que no sabes
leer en aquellos ojos!
Sí, sí, tú cerraste, impío,
á su salvacion la puerta;
tú has sido, tú! Berta! Berta! (Gritando.)

BERTA. Me llamabais, padre mio! (Con timidez.)

MORTON. Ah! (Mirándola con asombro.)

BERTA. No me mandeis salir; (Cayendo de rodillas.)
no, por Dios; si os he ofendido
perdonad! ya sólo pido
un rincon para morir.

MORTON. Calla! ni pienses en ello:
tú salir de aquí? jamás!
Pero cómo es que no estás
pendiente ya de mi cuello?

BERTA. Mi confusion no os asombre,
señor.

MORTON. Y por qué señor?
dime padre; aunque en rigor
yo no merezco ese nombre.

BERTA. Sí, padre, sí! (Abrazándole.)

MORTON. Me lo dices
sin odio?

BERTA. Aquí nunca labra.

MORTON. Cómo una sola palabra
puede hacernos tan felices!
Qué grande es tu providencia,
Señor!

BERTA. Ay, padre adorado!

MORTON. Apenas ha resonado
el grito de mi conciencia,
cuando tú, sin dar lugar

á que acibare mi vida,
me mandas la hija querida
que me viene á perdonar.

BERTA. Perdonáros?

MORTON. Sí; yo mismo,
yo, desnaturalizado
padre, te he precipitado
en la sima de ese abismo.

BERTA. Qué dices!

MORTON. Yo te arrojé
de aquí, y eras inocente:
yo, despiadado, inclemente...

BERTA. Quién os dijo?...

MORTON. Salomé.

BERTA. Esa infame?

MORTON. Ten piedad
de ella.

BERTA. El cielo la confunda.

MORTON. La he encontrado moribunda;
imploró mi caridad.

BERTA. Padre! de mi dicha ha sido
siempre implacable enemiga.

MORTON. No importa.

BERTA. Dios la castiga!
Pero la habreis socorrido.

MORTON. Sí, hija, y debes perdonar
sus agravios.

BERTA. Perdonemos.
Por qué no? Todos tenemos
nuestras culpas que expiar.

MORTON. De mis acerbos dolores,
á un tiempo juez y testigo
bien sabe Dios si el castigo
ha igualado á mis errores.
Yo aquí en continua ansiedad
pasé un dia y otro dia.
Ay. Berta! yo no sabia
lo que era la soledad.
Pero hoy ya con tu presencia
todo se llena de gozo;
todo es contento, alborozo.

BERTA. Pero, y la maledicencia?

MORTON. Y qué? déjala que ladre
y que en nosotros se cebe.
Quién á acusarte se atreve
cuando te absuelve tu padre?
Esta casa es ya tu centro
contra el maldiciente inmundo;
del lado afuera está el mundo,
nosotros del lado adentro:
y si á herirnos se propasa
la murmuracion infame,
cuando á nuestra puerta llame,
diremos: «no hay nadie en casa.»
BERTA. Bien! (Con gratitud.)
MORTON. Olvidémosla, sí.
Vuelve á recobrar tu calma.
BERTA. (Plegue á Dios!)
MORTON. Tú, hija del alma,
nunca has salido de aquí.
Aún estabas ahí ayer:
yo no te arrojé con ira
de nuestra casa, mentira!
porque eso no puede ser.
Nunca más de lo pasado
nos acordemos los dos.
BERTA. Nunca más.
MORTON. Válgame Dios!
qué cosas hemos soñado!

ESCENA VII.

DICHOS y TOMÁS, que sale por la puerta del fondo pensativo y manifestando mucho abatimiento.

BERTA. No ois?
MORTON. Es Tomás.
TOMAS. El mismo.
Nada teneis que explicarme;
lo sé todo! (Con intencion.)
MORTON. No te entiendo.
TOMAS. Todo!
MORTON. Pero dí, qué traes?

TOMAS. Traigo... que soy un imbécil,
afrenta de mi linaje.
(Con solemnidad, á Berta.)
Yo desprecié vuestra mano,
quien tal hizo que tal pague.
MORTON. Tomás! has estado?...
TOMAS. Fuí
á buscaros; llegué tarde,
y he hablado con Salomé.
Berta no fué la culpable.
MORTON. Es verdad.
TOMAS. Pero yo en cambio
soy un pobre badulaque.
MORTON. Explícate.
TOMAS. No os he dicho (Con exaltacion.)
que lo sé todo?
MORTON. Bien, cálmate.
TOMAS. No, vive Dios! he de ser
inflexible! inexorable.
MORTON. Piénsalo bien.
TOMAS. Lo he pensado.
Este agravio pide sangre.
MORTON. Qué vas á hacer? arrojar
tu propio honor á la calle!
TOMAS. Qué me importa?
MORTON. Qué te importa?
olvidas que ya eres padre?
TOMAS. Señor Mórton! (En tono de reconvencion.)
MORTON. Luisa es buena
aunque frívola.
TOMAS. No obstante...
MORTON. Dios la detuvo en el borde
del precipicio insondable,
y pues que salvarla quiso,
respeta sus voluntades.
BERTA. Hacedlo por mí. (Con dulzura.)
TOMAS. Por vos?...
corriente. (Pero su madre,
voto á brios! yo la prometo
que ha de oir cuatro verdades.)
BERTA. Gracias, Tomás.
TOMAS. Aunque digan

que soy hombre sin carácter...

BERTA. Qué os importa?

TOMAS. Y se equivocan;
lo que es por falta de arranque...

MORTON. Qué ruido es ese?

TOMAS. Ha parado
aquí mismo un carruaje.

MORTON. Á mi puerta?

TOMAS. Á vuestra puerta.
(Dirigiéndose á la puerta del fondo y mirando hácia la derecha.)

MORTON. Quién podrá ser?

BERTA. (Por qué lates,
corazon?)

TOMAS. Un caballero
de buena presencia... Calle!
es aquel señor...

MORTON. Quién dices?

TOMAS. El padre de aquel bergante...
de mister Jorge.

BERTA. Es posible?
(Sin poder contener su alegría: Mórton la dirige una mirada llena de tristeza que la hace bajar los ojos.)

MORTON. Déjanos.
(Á Berta, que se va por la izquierda, despues de dirigir una mirada de ansiedad hácia la puerta de fondo.)
Dile que pase. (Á Tomás.)

TOMAS. Tratadle como merece.
Entrad, milord.

ESCENA VIII.

MÓRTON, TOMÁS y LORD SEYMUR, por el fondo.

SEYMUR. Dios os guarde.

MORTON. Y á vos tambien. Me direis
el asunto que aquí os trae?

SEYMUR. Hablaros de Berta. Creo
que me comprendeis.

MORTON. No es fácil.
Tengo, en efecto, una hija

de ese nombre.

TOMAS. Que es un ángel.

MORTON. No hay ángeles en la tierra.

SEYMUR. Cierto; en esta vida instable
el no caer es difícil;
pero lo es más levantarse.

MORTON. No os entiendo ni os conozco.

SEYMUR. Soy lord Seymur.

MORTON. Ni ahora ni ántes...

TOMAS. Cómo no?

MORTON. (Ap. á Tomás.) Calla.

TOMAS. (Sí habrá
perdido los memoriales!)

MORTON. No recuerdo haberos visto.

SEYMUR. (Qué es esto?)

TOMAS. (Si hace un instante
estaba en su razon!)

SEYMUR. Veo
que no quereis perdonarme,
y comprendo vuestro enojo.

MORTON. Sí? (Con amarga sonrisa.)

SEYMUR. Pero quejas aparte.
Mi presencia en este sitio
no es satisfaccion bastante?...

MORTON. Milord; ya que es necesario,
ya que hay que hablar sin ambajes,
por la vez postrera sea.
Qué pesar venis á darme?

SEYMUR. Vuestra hija...

MORTON. Está ya en su casa;
en la casa de su padre.

SEYMUR. Lo sé: han seguido sus pasos
hasta esos mismos umbrales.
La habeis agraviado?

MORTON. Yo?
(Con exaltacion, pero recobrando instantáneamente su afectada frialdad.)
Y con qué derecho me hace
el noble lord de Inglaterra
inculpacion semejante?
Con el que da la justicia,
no es verdad?

SEYMUR. Es muy probable.
Pero Berta...
MORTON. No hableis de ella.
SEYMUR. Es preciso.
MORTON. Será en balde.
SEYMUR. Señor Mórton! (Con mal humor.)
MORTON. Señor... voy
á decir un disparate.
Os vais?
SEYMUR. El diablo me lleve
(Dirigiéndose á Tomás.)
si no es loco de remate.
Esa pertinacia ha sido (Á Mórton.)
la causa de tantos males.
MORTON. Sí, milord.
SEYMUR. Sabedlo, en fin,
ya que sois tan intratable.
No fué de ella, no; fué vuestra
la culpa...
TOMAS. Todo lo sabe,
y yo tambien.
MORTON. Sí, milord;
y os juro que en adelante,
si en mis rigores consiste,
no la ha de ofender el aire.
SEYMUR. Así me agrada.
MORTON. No busco
vuestra aprobacion.
TOMAS. (Al oido á Mórton.) Qué diantre!
eso es tambien demasiado!
SEYMUR. En fin, hacemos las paces?
MORTON. Yo paces con vos? ni guerra;
lo dicho; conque dejadme.
Vuestra presencia me ofende.
SEYMUR. Comprendo que el mal es grave.
sí; pero hasta cierto punto...
áun pudiera remediarse.

ESCENA IX.

DICHOS, y BERTA, que aparece á la puerta de la izquierda como atraida por las últimas palabras de LORD SEYMUR.

BERTA. Oh, Dios!
SEYMUR. Con el tiempo...
MORTON. Sí,
no hay dolor que no se embote.
SEYMUR. Si puede una larga dote...
BERTA. Qué es eso?
(Con indignacion y dando algunos pasos hácia el proscenio.)
MORTON. Quién habla ahí?
BERTA. Nos insultais, caballero!
MORTON. Esas son cosas corrientes
de por allá: entre estas gentes
todo lo arregla el dinero.
No hay ley, ni virtud, ni honor
que al brillo no se deslumbre
del oro: es ya una costumbre...
y en fin... no es verdad, milord?
Si lo dije! es cosa clara!
quiere darme otro pesar.
BERTA. Yo?
MORTON. Nos venis á arrojar
vuestro dinero á la cara!
SEYMUR. (Así los quiero.)
MORTON. Os sorprende
que aun vuelva por la honra mia?
Esta no es mercadería
que en nuestra casa se vende.
Si es cierto que la he perdido
por la traicion de un malvado,
dirán que me la han robado;
pero no que la he vendido.
SEYMUR. Y decidme, si llegára
á solicitar su mano...
BERTA. Ois, padre? (Ap. á Mórton con alegría.)
MORTON. Fuera en vano.
SEYMUR. Qué dice?

(Con admiracion y mirando á Berta y á Tomás.)

MORTON. Que os lo negára.
No es igual.

BERTA. Yo...

MORTON. Callarás?

SEYMUR. El reparo es delicado;
pero...

MORTON. Estais equivocado:
es ella quien vale más.

SEYMUR. Justa es vuestra indignacion
contra el seductor: lo apruebo.
Es mi sangre; mas no debo
disculpar su inícua accion.

MORTON. Fueran pretensiones vanas...

SEYMUR. Y tengo yo más conciencia.
Abusar de la inocencia
sobre insultar vuestras canas,
ha sido una infamia doble.

ESCENA X.

DICHOS y JORGE, que se presenta á la puerta del fondo.

SEYMUR. Caballero! habeis mentido.
(Volviéndose á Jorge.)

JORGE. En qué, señor?

SEYMUR. (Á Mórton.) Se ha atrevido
á decir que no sois noble.
Señor Mórton.

MORTON. Qué, milord?

SEYMMR. Depongamos los enojos.
No hay más que cerrar los ojos;
los dos se tienen amor.
Lo sentireis, pero á veces,
quién sabe! errando se acierta.
Dadle la mano de Berta.
Ya sé que no la mereces. (Á Jorge.)

JORGE. Es cierto.

SEYMUR. Y no más exijas.

BERTA. Dad vuestro consentimiento.
(Á Mórton con tono suplicante.)

SELMUR. No es igual el casamiento,
pero eso tienen las hijas.

JORGE. Se niega?... (Admirado.)
SEYMUR. Y yo en su lugar,
no me ciega el egoismo,
lo mismo hiciera.
BERTA. Lo mismo? (Con temor.)
JORGE. No me quereis perdonar!
Merece tanta aspereza
quien por lograr esa mano
ha renunciado en su hermano
sus títulos, su riqueza?
MORTON. Ah, sir Jorge!
SEYMUR. Aquí los dos
vivirán.
MORTON. Qué? (Palpitando de gozo.)
SEYMUR. Lo que os digo,
no es verdad? (Á Berta y á Jorge.)
BEREA. Sí.
JORGE. Sí.
MORTON. Conmigo?
hijo, bendígate Dios.
SEYMUR. Cuándo es la boda?
MORTON. Mañana.
BERTA. Padre! ay, padre! (Sollozando de alegría.)
MORTON. Pues no llora?
Tomás, tú harás sabedora
de esta ventura á mi hermana.
TOMAS. (Á eso voy.) (Apretando los puños.)
MORTON. De aquel rigor
pesaroso me confieso.
Sí, que exceso por exceso
vale más el del amor.
(Estrechando á Berta contra su corazon.)

FIN DE LA COMEDIA.

FÉ DE ERRATAS.

Pag.	Lin.	Dice.	Léase.
7	7	Ni lo creeria	No lo creeria
8	25	Este demonio	Este danzarin
9	16	no, allá á las de la córte	eso, allá á las de la córte
18	24	Y sin bambolla.	Y sin bambolla, Jorge.
27	40	volvérselo...	volvéroslo...
31	28	Mas para lo que madruga	Mas para la que madruga
31	32	Y en casa me despidió	Ya en casa, me despidió
31	40	Miré! no sé qué cuidado	Mira! no sé qué cuidado
32	última.	Y mira; cómo ha de ser?	Y necia; cómo ha de ser?
33	5	de mi injusta indignacion...	de mi justa indignacion.
73	27	recinto de vuestra casa...»	recinto de nuestra casa...»
78	11	Será que un alma pía	Será que algun alma pía
87	3	No es igual.	No es su igual.

Sin

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	R. S. Perez
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Marti.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almeria.	M. Alvarez.
Andújar.	A. Casas.
Antequera.	I. A. de Palma.
Aranjuez.	J. Gullon.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro	G. Corrales.
Barcelona.	Viuda de Bartumeus y Cerdá.
Bejar.	J Génova
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. E. Perez.
Cádiz.	Verdugo y Compañía.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolin .	E. Torres.
Cartagena.	A. Mellado y Orcajada
Castellon.	J. M. de Soto.
Castroardiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	C. Barberini, y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara	R. Oñana.
Habana.	N. Ceballos.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. Orellana y Sanchez.
Logroño	P. Brieba.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabezas.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vincent.
Málaga.	J. G. Taboadela y P. de Moya.
Manila (Filipinas).	M. Planas.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Marcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Peralta y Menendez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	P. A. Rafoso.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	E. Cruz Hermanos.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Greus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Ognet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Hercia.

MADRID.

Librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.